

Capítulo 23

Lecciones de historia: la edad dorada y la era progresista

Diversos cambios sociales, económicos y tecnológicos han hecho que durante las tres últimas décadas quedara obsoleta una importante reserva de capital social en Estados Unidos. La televisión, las familias en que trabajan los dos cónyuges, la expansión suburbana y los cambios generacionales de los valores, junto con otros más ocurridos en la sociedad norteamericana, han significado que cada vez sea menor el número de aquellos a quienes les parece que la League of Women Voters, la United Way, los Shriners, el club de la partida de bridge mensual o una comida dominical al aire libre con los amigos encajan en el tipo de vida que hemos acabado llevando. El déficit creciente de nuestro capital social amenaza el funcionamiento de la educación, la seguridad en los barrios, una recaudación fiscal equitativa, el interés por la democracia, la honradez de cada día y hasta nuestra salud y felicidad.

El desgaste del capital social ¿es una consecuencia ineluctable de la modernidad? ¿Podemos hacer algo para impedirlo? A veces la historia puede servirnos de lección al enfrentarnos a preguntas fundamentales como éstas. En este caso podemos hallar algunas lecciones inesperadamente significativas –y en muchos sentidos optimistas– en un período extrañamente parecido al nuestro: las décadas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, conocidas por los historiadores norteamericanos como la edad dorada y la era progresista.* Los retos a los que se enfrentó la sociedad norteamericana a finales del siglo XIX

* Ninguna de ambas expresiones se utiliza con gran precisión, pero en términos aproximados la «edad dorada» se refiere al período de 1870 a 1900, y la «era progresista» al de 1900 a 1915. Esta división, como cualquier otra delimitación histórica, no es rigurosa, ya que algunos sucesos asociados al movimiento progresista tuvieron antecedentes claros durante el período anterior, y otros vinculados con la edad dorada pervivieron hasta el período siguiente.

prefiguraron en más de un sentido los que tenemos que afrontar en nuestro tiempo.

Hace casi exactamente un siglo Estados Unidos acababa de vivir un período de espectacular cambio tecnológico, económico y social que convirtió en algo obsoleto una importante reserva de capital social. En las tres o cuatro décadas que siguieron a la guerra civil, la revolución industrial, la urbanización y las oleadas masivas de inmigrantes transformaron las comunidades de Estados Unidos. Millones de norteamericanos dejaron tras de sí familias y amigos en sus granjas al mudarse a Chicago, Milwaukee o Pittsburgh, y millones más abandonaron instituciones comunitarias en algún *shtetl* de Polonia o en algún pueblo italiano al trasladarse al Lower East Side o al North End. En el último cuarto del siglo XIX Estados Unidos padeció los síntomas típicos de un déficit de capital social: oleadas de delincuencia, degradación de las ciudades, una educación inadecuada, un aumento de las diferencias entre ricos y pobres; lo que cierto contemporáneo denominó un carnaval de corrupción política.

Pero en el mismo momento en que surgían esos problemas, los norteamericanos comenzaron a solucionarlos. En unas pocas décadas en torno al cambio de siglo, un acentuado sentimiento de crisis en conjunción con unas bases y unos líderes nacionales llenos de entusiasmo provocaron un extraordinario estallido de imaginación social y reforma política. En realidad, la mayor parte de las instituciones comunitarias de la vida norteamericana actual fueron inventadas o renovadas en ese período de innovación cívica, el más fecundo de la historia norteamericana. La era progresista no fue el único caso de entusiasmo cívico práctico de esa historia, y seguramente tampoco fue intachable, pero (en parte por esa razón) tiene muchos paralelismos instructivos con nuestro período. El presente capítulo narra la historia de esa época excepcional, y ofrece sugerencias, ilustraciones y unos pocos relatos con moraleja que pueden iluminar la nuestra.¹

Durante el último tercio del siglo XIX varios cambios tecnológicos, económicos y sociales transformaron la vida norteamericana. Entre 1870 y 1900 aproximadamente Estados Unidos evolucionó con rapidez de una sociedad rural, local y tradicional a una nación moderna

industrializada y urbana. A finales de la guerra civil Estados Unidos seguía siendo predominantemente un país de pequeñas granjas, pequeñas ciudades y pequeñas empresas, como lo había sido en los tiempos de la visita de Tocqueville en la década de 1830. Al concluir el siglo se estaba convirtiendo rápidamente en una nación de ciudades, rebotante de inmigrantes nacidos en pueblos de Europa o América, pero que ahora se afanaban en fábricas gestionadas por enormes empresas industriales.

El cambio tecnológico fue una de las claves de esta transformación. En las ocho décadas anteriores a 1870 la oficina de patentes de Estados Unidos había reconocido ciento dieciocho mil inventos. En las cuatro siguientes las patentes se generaron a un ritmo casi veinte veces mayor. Algunos de los nuevos inventos (como la segadora) revolucionaron la productividad agrícola. Otros (como la máquina de coser y los alimentos enlatados) transformaron el hogar. Pero los inventos más trascendentales fueron los que fundamentaron en Estados Unidos las revoluciones industrial, del transporte y urbana: la caldera de vapor, el acero, la electricidad, el telégrafo y el teléfono, el ascensor, el freno neumático y muchos otros. La producción de acero, por ejemplo, se multiplicó, pasando de 77.000 toneladas en 1870 a 11,2 millones en 1900. El número de fábricas de Estados Unidos llegó casi a cuadruplicarse, de 140.00 en 1865 a 512.000 en 1900; y el tamaño de las mismas creció con rapidez aún mayor. En 1865 la factoría típica de Nueva Inglaterra tenía sólo de doscientos a trescientos trabajadores. En 1915 la primera planta de la Ford empleaba a no menos de quince mil.²

Así como los nervios de la nación eran ahora de acero, la electricidad transformó sus sinapsis. Hacia el cambio de siglo escribía el periodista Mark Sullivan:

La electricidad recorría el país de arriba abajo literalmente como un rayo: por todas partes se tendían los cables que le abrían camino, como largos nervios de un nuevo crecimiento partiendo de las centrales eléctricas, llegando de la ciudad a los suburbios, con una capacidad cada vez mayor para transportarla a pueblos distantes, y de los pueblos a las granjas. Y todo ello terminaba en un interruptor que al girarlo permitía a la gente explotar un depósito de fuerza física prácticamente ilimitado.³

El ferrocarril y el telégrafo transformaron Estados Unidos de un país de pequeñas «comunidades aisladas» y remotas esparcidas a lo largo de casi cinco millones de kilómetros cuadrados en una unidad económica nacional integrada. Entre 1870 y 1900 la red nacional de ferrocarriles creció de ochenta y cinco mil a trescientos diez mil kilómetros. «Una red ferroviaria transcontinental aproximó las granjas y las fábricas, el campo y la ciudad —concluye el historiador Sean Dennis Cashman—. El telégrafo y el teléfono, la electricidad y la prensa incrementaron el conocimiento público, la eficiencia empresarial y el debate político.»⁴

Juntamente con estas revoluciones tecnológicas se produjo otra en la escala de las empresas, pues aquel período fue también la época de siembra de las modernas compañías. La organización en grandes compañías diezmó muchas profesiones, como las de los pequeños comerciantes y artesanos independientes, a la vez que creaba otras nuevas, como las de administrador de empresas y obrero industrial no especializado. Entre 1897 y 1904 la primera oleada de fusiones de la historia de Estados Unidos barrió Wall Street, dejando tras su estela enormes corporaciones de nueva creación: la Standard Oil, la General Electric, Du Pont, U.S. Steel, American Tobacco, Nabisco y muchas más. En realidad, en relación con las dimensiones de la economía en conjunto, la oleada de fusiones de finales del siglo XIX no tuvo parangón hasta las fusiones gigantescas de la década de 1990.⁵

El historiador de la economía Glenn Porter resume estos cambios espectaculares en la estructura y la escala de la economía norteamericana con las siguientes palabras:

Por primera vez industrias enteras pasaron a identificarse con los nombres de individuos poderosos que las dominaban: Cornelius Vanderbilt, E. H. Harriman y James J. Hill en el ferrocarril; Cyrus McCormick en las trilladoras; John D. Rockefeller en el petróleo; J. P. Morgan en las finanzas; James B. Duke en el tabaco; Gustavus Swift y Philip Armour en la carne enlatada, y Andrew Carnegie en el acero... De manera similar, las mejoras en el transporte y las comunicaciones y el crecimiento de las ciudades ofrecieron oportunidades a la comercialización masiva en los nuevos campos de los grandes almacenes, las oficinas de compra por correo y las cadenas comerciales. Montgomery Ward y Sears, Roebuck & Company se pusieron en cabeza en

tre las empresas de compra por correo, mientras que distribuidores como A&P y Woolworth's establecieron nuevas pautas para las ventas al detalle en cadenas comerciales.⁶

Medido en índices materiales, el nivel de vida de Estados Unidos mejoró sustancialmente durante el medio siglo que siguió a la conclusión de la guerra civil. La riqueza per cápita creció en torno a un 60 %, y el producto nacional bruto real per cápita aumentó en un 133 %, a pesar incluso del incremento de la población debido a la afluencia de emigrantes pobres. De 1871 a 1913 la media anual de la expansión de la economía norteamericana fue del 4,3 %.⁷

Estos beneficios no se distribuyeron de manera regular ni entre las clases sociales, ni a lo largo del tiempo. Las diferencias entre ricos y pobres, así como la brecha entre trabajadores especializados y no especializados, se amplió, en palabras del historiador Mark Wahlgren Summers, «en experiencia laboral, satisfacción con la sociedad norteamericana, escalas salariales y control de la propia vida». En 1896 Charles B. Spaur calculaba que el 1 % de la población era dueño de más de la mitad de la riqueza nacional, mientras que el 44 % de las familias del escalón más bajo poseía sólo el 1,2 %. Según Jeffrey Williamson y Peter Lindert, historiadores contemporáneos de la economía, la desigualdad económica había crecido rápidamente durante los años de la primera industrialización, antes de la guerra civil, y siguió creciendo de manera irregular hasta unos niveles muy altos, alcanzando su punto álgido justo antes de la Primera Guerra Mundial. La desigualdad económica no se acentuaría como lo hizo durante el siglo XIX hasta las décadas finales del siglo XX. Sin embargo, a pesar de la creciente mala distribución del bienestar, los ingresos reales y el nivel de vida de los trabajadores norteamericanos aumentaron significativamente a finales del siglo XIX y principios del XX.⁸

Varias recesiones graves (o «pánicos», según la denominación con que fueron conocidas) interrumpieron el progreso económico. El desempleo superó el 16 % en las depresiones de 1873-1877 y 1893-1897. Ningún período de dificultades económicas ha sido tan profundo y traumático en la historia norteamericana como los años que van de 1893 a 1897. Por otra parte, aquella depresión estuvo seguida por casi dos décadas de crecimiento prácticamente ininterrumpido.⁹

La prosperidad de estas dos décadas produciría una sociedad lo bastante segura y eficiente como para considerar que la innovación a gran escala resolvería los problemas del momento: crimen, violencia, enfermedades, miseria urbana, corrupción política e incluso las crecientes desigualdades en riqueza y poder. También dio a luz una coalición progresista amplia e internamente dispar unida bajo la hipótesis optimista de que la sociedad era capaz de mejorar mediante una reforma voluntarista.

Las décadas transcurridas entre la guerra civil y la Primera Guerra Mundial fueron también una época de rápido crecimiento demográfico y urbanización. La población nacional se multiplicó casi por dos entre 1870 y 1900, pasando de cuarenta millones a setenta y seis, mientras que la población de las ciudades se triplicó de diez a treinta millones. Las grandes ciudades crecieron con rapidez aún mayor, y otras nuevas engrosaron las filas casi cada año. El número de ciudades con más de cincuenta mil habitantes se triplicó en este período, pasando de veinticinco a setenta y ocho. La población de Boston aumentó en un 79 % hasta llegar casi a cuatrocientos cincuenta mil habitantes en sólo veinte años, entre 1870 y 1890; la de San Francisco se duplicó hasta casi trescientos mil; la de Milwaukee se triplicó hasta superar los doscientos mil; y la de Denver se multiplicó por veinte, llegando a ciento siete mil. Chicago, que apenas era un pueblo en 1860, tenía en 1910 una población de dos millones doscientos mil habitantes. Año tras año una corriente interminable de emigrantes esperanzados llegados de granjas norteamericanas y pueblos europeos se vertía en las ciudades abarrotadas y anónimas de los bloques de vecinos y los rascacielos.¹⁰ Estos emigrantes no sólo vivían en una comunidad nueva, sino en un medio tan poco familiar y descoyuntado que muchos dudaban de si merecía en realidad el nombre de comunidad.

La mayoría de los nuevos residentes urbanos vivía también en un país nuevo. En los treinta años transcurridos entre 1870 y 1900 casi doce millones de personas emigraron a Estados Unidos, más de los que habían llegado a sus costas en los dos siglos y medio anteriores. En los catorce años siguientes llegarían casi trece millones más. En 1870 un tercio de los trabajadores industriales de Estados Unidos había nacido en el extranjero. En 1900 eran más de la mitad. En 1890 los inmigrantes adultos superaban en realidad en número a los adul-

tos nativos en dieciocho de las veinte ciudades con una población de más de cien mil habitantes.¹¹

Los inmigrantes procedían de muy diversos países europeos, así como de Canadá y Asia oriental. Alemanes, irlandeses, franceses, canadienses, británicos y escandinavos fueron los más numerosos hasta 1890, pero durante las dos décadas siguientes, según señala el historiador Steven Diner,

...otros inmigrantes, en su mayoría católicos y judíos de países desconocidos del sur y el este de Europa, afluyeron a Estados Unidos en cantidades no superadas hasta entonces para trabajar en su expansiva economía industrial. Aquellas personas, que solían vivir en barrios urbanos densamente poblados donde predominaban las lenguas extranjeras, crearon sus propias iglesias, sinagogas e instituciones comunales.¹²

En 1890 la cacofonía de lenguas y costumbres desconocidas de los recién llegados suscitó un debate nacional sobre la «americanización» y la identidad étnica, similar en muchos aspectos al debate sobre las actuales corrientes del «multiculturalismo» y «sólo en inglés». El historiador Sean Dennis Cashman nos recuerda, por ejemplo, que «cuando en 1889 y 1890 los estados de Illinois y Wisconsin decidieron que el inglés fuera el medio de enseñanza escolar, hubo grandes protestas de alemanes y escandinavos».¹³

El nuevo habitante de Chicago vivía una vida y se enfrentaba a unos riesgos muy diferentes de los que podría haber esperado por su educación, tanto si su andadura había comenzado en Iowa como en la Eslovaquia rural. Había llegado en busca de oportunidades económicas, y a menudo las encontró, pero también se topó con una profunda inseguridad. Los obreros urbanos se hallaban a menudo en paro. Los sistemas antiguos de «ayuda domiciliaria» —programas locales y temporales de asistencia pública— se vieron anegados por nuevas demandas, como el sistema más reciente de «ayuda para asilados». Las redes sociales tradicionales de seguridad —la familia, los amigos y las instituciones comunitarias— no se ajustaban ya a los modos de vida que habían acabado adoptando los nuevos trabajadores urbanos.¹⁴

Por otra parte, las oleadas cada vez mayores de inmigrantes habrían remitido de no haber sido por las perspectivas realistas de un trabajo

mejor remunerado. A pesar de estar desigualmente distribuida, la nueva prosperidad se sumó pronto al ingenio para producir una cultura nueva de ocio y materialismo. El invento del gramófono y el cine entre 1896 y 1902 presagió una transformación radical de la naturaleza de las actividades masivas de entretenimiento en el nuevo siglo. Ya en 1908 la ciudad de Nueva York tenía por sí sola más de seiscientas salas de cine a cinco centavos la entrada en locales comerciales. En 1914 se produjeron medio millón de discos, y en 1921 esta cifra se dispararía a más de cien millones.¹⁵ Ya en 1897 Míster Dooley (el barman de ficción americano de origen irlandés ideado por Finley Peter Dunne) se burlaba de la nueva importancia dada al consumo material:

He visto América extenderse del Atlántico al Pacífico con una oficina comercial de la Standard Oil Company en cada aldea. He visto caer los grilletes de los esclavos, lo que permitió lincharlos en Ohio [...] y los inventos [...] el telar de algodón y la ginebra con limón [...] la bicicleta y el aeroplano, la máquina tragaperras y el coche de Croker y las heladerías y –el colmo de nuestra civilización– la caja registradora.¹⁶

Diez años más tarde el filósofo de Harvard William James expresaría el mismo desdén en el elevado lenguaje de los reformadores yanquis al lamentarse de «la endeblez moral nacida del culto exclusivo a la perra diosa del ÉXITO. Ésa es nuestra enfermedad nacional, con una interpretación sórdidamente monetaria de la palabra “éxito”».¹⁷

No obstante, otros cambios culturales producidos durante la edad dorada fueron más progresistas. A medida que avanzaba la revolución industrial, los límites entre los mundos masculino y femenino de la clase media se hicieron menos rígidos. Las mujeres asumieron nuevas funciones públicas, exigieron el derecho al voto, recibieron una educación superior y trabajaron y actuaron cada vez más junto con los hombres. Es posible que los ingredientes críticos de este cambio fueran los avances en la educación femenina y un mayor número de posibilidades de ocio desconocidas hasta entonces (en el caso de las mujeres de clase media, capaces de saborear los frutos de los nuevos aparatos domésticos que les permitían ahorrar tiempo). Durante la edad dorada las mujeres comenzaron a salir de su «ámbito propio»

tradicional; muchas se unieron a las campañas locales de reforma bajo el estandarte del «gobierno doméstico municipal», y unas pocas ejercieron tareas profesionales como la abogacía y la medicina, sentando así los cimientos para la «nueva mujer» de la era progresista.¹⁸

Para quienes vivieron esa época lo más llamativo fue sencillamente el ritmo abrumadoramente acelerado del propio cambio. Solemos hablar fácilmente del paso rápido del cambio en nuestro tiempo. Sin embargo, en la experiencia del norteamericano medio de finales del siglo xx no hay nada que equivalga a la dislocadora transformación experimentada a comienzos del mismo por un inmigrante criado como campesino en un pueblo polaco, que había cambiado poco desde el siglo xvi, y que al cabo de unos años participaba en la construcción de los rascacielos vanguardistas de Louis Sullivan en la ciudad de los «espaldas anchas» [Chicago], a orillas del lago Michigan. El ritmo del cambio en las últimas décadas del siglo xix era extraordinario incluso para los naturales de Estados Unidos. Según escribió más tarde el bostoniano Henry Adams refiriéndose a su propia niñez, «el muchacho norteamericano de 1854 se hallaba más cerca del año 1 que del 1900».¹⁹

Gran parte del cambio fue para mejor, pero otra parte importante no. Comencemos –como hicieron los reporteros sensacionalistas Lincoln Steffens y Jacob Riis– por la degradación urbana. Las ciudades hipertrofiadas de la edad dorada eran desiertos industriales, centros de vicio, pobreza y enfermedades endémicas, llenas de cuchitriles húmedos y atiborrados de gente, y con una administración corrupta. La mortalidad infantil aumentó en dos tercios entre 1810 y 1870. El reformador social neoyorquino Charles Loring Brace había llamado la atención ya a finales de la década de 1860 sobre los niños a quienes denominó «árabes callejeros», que formaban bandas de delincuentes y creaban una «clase peligrosa». El trabajo infantil estaba en auge: «En 1900 casi uno de cada cinco niños de menos de quince años ganaba un sueldo en trabajos no agrícolas, y un sinnúmero de millones más trabajaba en granjas». La delincuencia aumentó vertiginosamente en las ciudades norteamericanas de finales del siglo xix y principios del xx, al igual que en varios otros países occidentales, en medio de los dolores de parto de la industrialización y la urbanización. El historiador Cashman escribe:

La población de algunas partes de Chicago era tres veces mayor que la de las zonas más pobladas de Tokyo y Calcuta. Barrios enteros estaban congestionados, sucios e infectos. La calle aparecía sembrada de despojos y estiércol mezclados con basura y desperdicios. Difícilmente podía extrañar que en las grandes ciudades fueran endémicas: la tisis, la neumonía, la bronquitis y la diarrea [...] Pittsburgh tenía la tasa de mortalidad más alta del mundo por fiebres tifoideas: 1,3 por mil.²⁰

El retrato más vívido de las ciudades norteamericanas a finales del siglo XIX sigue siendo la obra publicada en 1890 por el periodista de origen danés Jacob Riis, *How the Other Half Lives*:

En los bloques de pisos todas las influencias contribuyen a agravar la situación, pues son los semilleros de las epidemias que llevan la muerte a ricos y pobres por igual, los viveros de la miseria y el crimen que llenan nuestras cárceles y nuestras comisarías. Año tras año se deshacen de una escoria de cuarenta mil ruinas humanas para arrojarlas a los asilos para pobres construidos en las islas [de Manhattan y Brooklyn] y sostenidos por las parroquias. En los últimos ocho años han producido alrededor de medio millón de mendigos que se alimentan de nuestros donativos de caridad y mantienen un ejército permanente de diez mil vagabundos, con todo lo que ello implica, pues con su letal contagio moral afectan principalmente a la vida familiar.²¹

Jane Addams, fundadora de la Hull House, condenaba así la falta de servicios públicos:

Las calles están indescritiblemente sucias, el número de escuelas es inadecuado, la legislación sanitaria no se aplica, la iluminación vial es mala, el adquinado miserable y completamente ausente en callejas y calles pequeñas, y los establos son nauseabundos más allá de cualquier descripción posible. Cientos de casas no están conectadas con el alcantarillado.²²

Otros observadores menos compasivos aplaudían la filípica antiurbana del evangelista Josiah Strong: «La primera ciudad fue construida por asesinos, y en la ciudad se han enconado desde entonces el crimen, el vicio y la maldad».²³

Las condiciones de las metrópolis superpobladas producían un especial desasosiego a los nuevos profesionales de clase media. «Para ellos –escribe el historiador Don Kirschner– las ciudades eran estéticamente repulsivas y comercialmente torpes, estaban culturalmente balcanizadas, eran moralmente depravadas, socialmente opresivas y políticamente explosivas.» Es cierto que algunos historiadores han mantenido últimamente que los críticos de la era progresista exageraron la depravación de las ciudades de la edad dorada. Jon Tiefert, por ejemplo, señala que los expertos municipales de las ciudades del siglo XIX podían enorgullecerse de muchos logros prácticos: agua corriente, transporte eficaz, numerosas bibliotecas. Las propias maquinarias políticas tuvieron efectos beneficiosos, en especial al permitir a los inmigrantes urbanos acceder a la política, aunque según observa el historiador urbano Robert Barrows, el soborno, la corrupción y los abusos asociados a la política urbana de finales del siglo XIX «no se excusan por el hecho de que la actividad caritativa fuera a veces un derivado de ellos». Según señalaba Lincoln Steffens, el crítico cívico más famoso, la responsabilidad última no era de los políticos, sino de los propios votantes. «El desgobierno que sufre el pueblo norteamericano es el desgobierno causado por el pueblo norteamericano.»²⁴

El aparato municipal ofrecía patrocinio a los pobres urbanos e inmigrantes, contratos y licencias para negocios legítimos y protección para los ilegítimos. Entre tanto, proliferaban los sobornos y la corrupción: bajo el mandato de Boss Tweed, por ejemplo, la ciudad de Nueva York pagó 179.729,60 dólares por tres mesas y cuarenta sillas, una suma colosal en aquel tiempo. El historiador Steven Diner resume los efectos políticos con palabras bastante parecidas a las empleadas para describir la despreocupación por la política de un siglo después:

Los norteamericanos de clase media [...] observaban, mientras los *trusts* manipulaban a los miembros del Congreso y utilizaban los tribunales y las autoridades federales para acabar con la hostilidad de agricultores y obreros. El gobierno, que según los ideales norteamericanos debería representar la voluntad del pueblo, aparecía como un cautivo de los intereses particulares.²⁵

El norteamericano medio, alzando la mirada con envidia, veía la nueva riqueza casi inimaginable de los *robber barons*, los barones saltea-

dores, capitalistas sin escrúpulos: Rockefeller, Morgan, Carnegie y otros de su ralea. Los granjeros —hemos de tener en cuenta que la mayoría de los norteamericanos siguió viviendo en el campo hasta entrada el siglo xx— estaban escasamente protegidos contra la explotación del ferrocarril, los créditos costosos y la deflación de los precios. Los nuevos *trusts* industriales ahogaban la competencia y transformaban el poder económico en poder político. Los obreros, carentes de organización, dependían de salarios impuestos por las grandes corporaciones empresariales. Su respuesta eran unos reiterados esfuerzos por crear sindicatos, pero hasta el cambio de siglo dichos esfuerzos fueron rechazados con violencia y aplastados por las depresiones recurrentes que socavaban el poder de mercado de la mano de obra. Varias oleadas de huelgas dieron muestras, no obstante, de su descontento.²⁶

Muchos norteamericanos blancos naturales del país que contemplaban temerosos lo que ocurría por debajo de su nivel se sentían profundamente preocupados por los inmigrantes y los afroamericanos. Como ocurre en los Estados Unidos de hoy, las divisiones étnicas tendían a reforzar las diferencias de clase. Según observa el historiador Nell Irvin Painter, «mientras las clases media y alta eran en su mayoría protestantes y nacidas en el país de antepasados británicos, las clases trabajadoras, sobre todo los obreros industriales, estaban formadas por numerosos extranjeros, católicos o, en el caso del sur, negros». Los últimos años del siglo xix fueron testigos del auge de una actitud defensiva de los naturales del país (nativismo), de una alianza heterogénea de conveniencia entre sindicatos (temerosos de la competencia de los bajos salarios de los inmigrantes), protestantes conservadores (hostiles al creciente influjo de judíos y «papistas» de Europa meridional y oriental), e incluso algunos reformadores sociales (inquietos ante la posibilidad de que una inmigración sin control exacerbara los problemas de las ciudades). En 1894 la American Protective Association, de ideología nativista, fundada en Clinton (Iowa) en 1887, aseguraba contar con la asombrosa cifra de dos millones y medio de miembros (o aproximadamente el 7 % de los adultos norteamericanos), si bien su número descendió a continuación rápidamente. El malestar ante la «depravación» extranjera ayudó a dar pábulo al movimiento antialcohólico «Di simplemente no», que llamaba a los protestantes na-

turales del país a luchar contra «vicios» que veían con especial claridad en las tradiciones culturales de los inmigrantes.²⁷

Como ha sucedido siempre en nuestra historia, el etnocentrismo más virulento se reservó para los asuntos de raza. Al concluir la reconstrucción, en 1877, el control de los blancos de cualquier localidad sobre los negros emancipados se hizo más violento. Según informa el historiador Richard McCormick, «los primeros años de la década de 1900 trajeron consigo [para los negros sureños] la exclusión casi completa de la política, la segregación legal de prácticamente todos los servicios públicos y privados, y una explosión mareante de disturbios y linchamientos de carácter racial». El 18 de mayo de 1896, en el caso «Plessy contra Ferguson», de triste memoria, el Tribunal Supremo respaldó las llamadas leyes Jim Crow destinadas a mantener a la población «segregada pero igual». La mancha de aceite de la segregación se extendió de manera constante tras el comienzo del siglo, de los ferrocarriles a los tranvías, de los transbordadores a las cuerdas de presos, de los parques zoológicos a los teatros, de los hospitales a las cárceles. Los somatenes racistas blancos se propagaron del sur al medio oeste. En la década de 1880 el linchamiento era ya una práctica común, y alcanzó su punto culminante entre 1889 y 1898. Durante esas décadas la media de linchamientos fue de uno cada dos días en algunas zonas de Estados Unidos. Entretanto, de 1890 a 1908 la práctica totalidad de los estados sureños privó de derechos políticos a los afroamericanos, recurriendo a limitaciones raciales en el derecho al voto: impuesto de capitación, prueba de alfabetización, cláusula del abuelo y otras estratagemas. La participación electoral de los afroamericanos en el sur se redujo en una media del 62 %: el 100 % en Carolina del Norte, el 99 % en Luisiana, el 98 % en Alabama y el 83 % en Florida.²⁸

Las formas más atroces de segregación se concentraron en el sur, pero muchas instituciones cívicas del norte excluían explícitamente de la afiliación a personas de clase obrera, así como a afroamericanos, judíos y católicos. Los progresistas del sur estaban resueltos a excluir a los negros de la política, y los del oeste se mostraban hostiles con los asiáticos. Al mismo tiempo, las doctrinas racistas lograron credibilidad intelectual a lo largo y ancho de la nación. El profesor de Harvard Nathaniel Shaler mantenía que los negros emancipados es-

taban volviendo a ser los salvajes que habían sido anteriormente. «Los gobiernos de T.R. [Teddy Roosevelt] y Woodrow Wilson coincidieron en el punto más bajo de las relaciones entre razas en Estados Unidos desde la abolición del esclavismo», observa el historiador político Wilson Carey McWilliams. En resumen, la era progresista estuvo íntimamente asociada a la exclusión.²⁹

Al concluir el siglo XIX los norteamericanos estaban divididos tanto como lo están hoy por clases, etnias y razas, aunque las líneas divisorias actuales difieren en sus detalles de las de hace un siglo (pues los asiáticos y los hispanos, por ejemplo, han sustituido a los judíos y los italianos como objetivo de la discriminación). Los debates sobre los efectos de la revolución del transporte y las comunicaciones en los lazos comunitarios tradicionales evocan igualmente nuestros propios dilemas. El ferrocarril y el correo rural, las empresas de venta por correspondencia y (algo más tarde) las cadenas de tiendas y el automóvil desbarataron el comercio local y pusieron en peligro los vínculos sociales de carácter local. Sears, Roebuck, Montgomery Ward, la A&P y Woolworth fueron los equivalentes de las actuales Wal-Mart y Amazon.com. William Allen White, el influyente periodista progresista de Kansas, lanzaba estas atronadoras observaciones:

Si no se les ponen límites, las empresas de venta por correo asesinarán a nuestras localidades más pequeñas, creando grandes ciudades con su [...] inevitable sentimiento de casta provocado por la presencia de pobres y ricos que viven juntos, pero se desconocen. La amistad, la vecindad, la fraternidad, o cualquier nombre que podamos dar a ese espíritu de camaradería que surge cuando las personas se conocen bien, es el cemento que mantiene ligada esta unión de estados.³⁰

El editorial de un periódico de la vecina Iowa decía: «Cuando se enteraba a nuestro ser más querido, ¿era Marshall Field and Co. quien derramaba una lágrima de compasión y pronunciaba las palabras de aliento, o el comerciante de nuestra localidad natal?». ³¹

La nueva tecnología de las comunicaciones concitó entre los filósofos de finales del siglo XIX y principios del XX un intenso debate que prefiguró con notable fidelidad la creciente controversia suscitada actualmente en Estados Unidos sobre los efectos de internet. Por un

lado, los optimistas se mostraban entusiasmados pensando que las nuevas tecnologías de la comunicación permitirían un campo de acción más amplio a la compasión humana. El altruismo se expandiría en una sociedad recientemente unificada por el ferrocarril, los tendidos eléctricos y el telégrafo.³² En la visión utópica de William Allen White los nuevos avances tecnológicos en el terreno de las comunicaciones contenían la posibilidad de convertir la nación «en un barrio de vecinos [...] El cable eléctrico, la tubería de hierro, el tranvía, el periódico diario, el teléfono [...] han hecho de todos nosotros un cuerpo. Ya no hay forasteros. Todos los seres humanos pueden entenderse [...] En realidad nos hallamos en el amanecer de un despertar espiritual».³³

El filósofo Herbert Croly sostenía que los nuevos medios de comunicación permitirían a una ciudadanía activa «reunirse» a pesar de las distancias, con lo que reducirían o eliminarían la necesidad de representación. Sustituyamos en estos razonamientos la electricidad y el teléfono por internet, y la tesis nos sonará extraordinariamente apropiada a comienzos del siglo XX.

Por otra parte, a algunos observadores sociales más cautelosos, como John Dewey y Mary Parker Follett, les preocupaba cómo entretejer la nueva tecnología con los lazos personales directos. Aunque reconocían y respetaban aquella sociedad nueva y más amplia, apreciaban también las redes sociales más pequeñas y antiguas de los barrios. Dewey escribía:

Es posible que la gran sociedad creada por el vapor y la electricidad sea una sociedad, pero no es una comunidad. La invasión de la comunidad por los nuevos modos relativamente impersonales y mecánicos del conjunto de los comportamientos humanos es el hecho más sobresaliente de la vida moderna [...] La era de la máquina en la gran sociedad en desarrollo ha invadido y desintegrado en parte las pequeñas comunidades del pasado sin generar una gran comunidad.³⁴

Y Follett añadía:

La verdadera solidaridad no se alcanzará nunca si no es uniendo en algún lugar un pequeño grupo con otro [...] Los diversos grupos de un barrio [...] sólo podrán llegar a constituir una vida ciudadana sana, normal y no par-

tidista mediante la unión real, no apelando a la fantasía. En tal caso, ser miembro de un grupo de barrio significará ser al mismo tiempo miembro, y miembro responsable, del estado.³⁵

Follett, que trabajaba en Roxbury, un suburbio de Boston nuevo por aquellas fechas, con línea de tranvía, comentaba: «En la actualidad una vida comunitaria libre y plena vivida dentro del vínculo sustentador y nutricio de la comunidad [...] es algo casi desconocido». Según el historiador Jean Quandt, Follett, en un intento de recrear unos lazos de relación directa entre vecinos, «buscó convertir los centros [comunitarios] en instituciones para superar la apatía cívica, ampliar el entendimiento mutuo entre grupos y crear un marco local para la integración de iglesias, asociaciones comerciales, logias y grupos juveniles [...] La comunicación cara a cara, que partía del centro comunitario, seguiría siendo el camino más seguro para crear solidaridad».³⁶

Otros de los motivos de preocupación de los progresistas fueron la tendencia a la profesionalización y el que los hombres y mujeres corrientes renunciaran a participar y prefirieran ser espectadores ociosos. El sociólogo Robert Park escribía:

En política, religión, arte y deportes estamos representados actualmente por delegados, cuando antes participábamos en persona. Todas las formas de actividad comunal y cultural en que tomábamos [...] parte anteriormente han sido asumidas por profesionales, y la gran masa de seres humanos no son ya actores, sino espectadores.

Pocos años más tarde, John Dewey, uno de los miembros jóvenes de los intelectuales progresistas, atribuía el declive del compromiso cívico a los pasatiempos baratos:

El aumento del número, diversidad y baratura de los entretenimientos constituye una poderosa distracción de las preocupaciones políticas. Los miembros de un público incipiente tienen excesivos medios de entretenimiento y trabajo como para pensar demasiado en organizarse como público eficaz [...] Es significativo que el acceso a los medios de diversión se haya facilitado y abaratado más de cuanto se conoció en el pasado.³⁷

Los reformadores sociales de la era progresista (al igual que los de la nuestra) se hallaban entre la espada y la pared de un dilema. En servicios sociales, sanidad pública, planificación urbana, educación, organización de barrios, filantropía cultural y hasta en la fuerza ejercida por los grupos de presión, un equipo profesional podía realizar a menudo un trabajo más eficaz y eficiente para la solución de las tareas propuestas que unos voluntarios «bienintencionados». Sin embargo, el hecho de quitar poder a los miembros ordinarios de asociaciones voluntarias podía reducir fácilmente el compromiso cívico de base y fomentar la oligarquía. Los progresistas luchaban consigo mismos sobre la elección entre profesionalización y democracia de base, aunque al final acabaría venciendo la profesionalización.³⁸

Tras estos proféticos debates sobre tecnología y profesionalización muchos norteamericanos de finales del siglo XIX notaban que se estaba produciendo una erosión de la moralidad y una quiebra de la comunidad. La ideología pública dominante de la edad dorada había sido el darwinismo social. Sus defensores habían sostenido que el progreso social requería la supervivencia del más apto, y que el gobierno interfiriera poco o nada en las «leyes naturales del mercado». En una sociedad organizada de ese modo los más capaces triunfarían, quienes no tuvieran unos objetivos fracasarían y el proceso sin trabas de su eliminación garantizaría el progreso social. Esta filosofía presagiaba, en ciertos aspectos importantes, el culto liberal al mercado sin limitaciones que ha vuelto a popularizarse en los Estados Unidos de hoy. Sin embargo, a finales del siglo XIX los críticos del darwinismo social fueron imponiéndose gradualmente tanto desde el punto de vista intelectual como (cada vez más) desde el político. «A la vuelta del siglo —explica el historiador Painter— los norteamericanos comenzaron a creer cada vez más que la sociedad debía ser democratizada para garantizar a todos una oportunidad de vida decente, la libertad y la búsqueda de la felicidad.»³⁹

Este giro en el rumbo filosófico fue provocado en parte por las revelaciones de periodistas que practicaban la denuncia social: Jacob Riis, cuyo libro *How the Other Half Lives* (1890) retrataba las trágicas condiciones en las viviendas de los barrios bajos; Lincoln Steffens, cuya obra *Shame of the Cities* (1904) censuraba la miseria urbana y la corrupción del gobierno; Ida Tarbell, cuyas revelaciones en la revis-

ta *McClure's* (1905) atacaban las actividades depredadoras de la compañía Standard Oil; Upton Sinclair, cuya obra *The Jungle* (1905) censuraba los abusos cometidos contra los jornaleros inmigrantes, y algunos otros.⁴⁰ Sin embargo, además de ese tipo de abusos concretos, los intelectuales progresistas expresaron un anhelo más amplio por los valores comunitarios de la vida de las pequeñas ciudades, nostalgia provocada por el materialismo, el individualismo y la «grandiosidad» de los nuevos Estados Unidos.

El ritmo y el grado del cambio social experimentado por los norteamericanos hace exactamente un siglo provocaron una profunda desorientación. La transformación de su sociedad afectó prácticamente a todos y cada uno, y desgarró las relaciones tradicionales. Aquellas personas expresaban con palabras notablemente actuales sus sentimientos sobre los trastornos sociales sufridos en sus vidas. Walter Lippmann escribía en 1914:

Estamos desconcertados hasta las raíces mismas de nuestro ser. No hay relación humana entre padres e hijos, entre maridos y mujeres, entre obreros y patronos, que no cambie en una situación desconocida. No estamos habituados a una civilización complicada, no sabemos cómo comportarnos cuando han desaparecido el contacto personal y la autoridad de siempre. No existen precedentes para guiarnos, no hay parecer sabio que no esté hecho para una época más sencilla. Hemos cambiado nuestro entorno más rápidamente de lo que hemos sabido cambiarnos a nosotros mismos.⁴¹

Un año después Booth Tarkington, el novelista de Indiana ganador del Premio Pulitzer, reflexionaba sobre las transformaciones sociales que habían acompañado al proceso de urbanización de su ciudad de Indianápolis en el siglo XIX:

Hace menos de una generación no había aquí un gigante jadeante ni una ciudad convulsa y mugrienta, sino sólo una población grande y grata de personas que vivían como en un barrio, que se entendían mutuamente, pues eran en general muy parecidas. Era un lugar reposado y amable («como en casa», se decía...). Los buenos burgueses se dedicaban a salir para dar en familia una vuelta dominguera montados cómodamente en faetones o en calesas. Nadie era muy rico; pocos, muy pobres. El aire era limpio y había tiempo para vivir.⁴²

El historiador urbano Robert Barrows señala la excesiva simplificación nostálgica de estas líneas, pero añade que «el lamento de Tarkington por la pérdida de un tiempo más sencillo reflejaba también una realidad que los lectores de su generación habrían aceptado sin dudar». El sociólogo Charles Horton Cooley, testigo ocular de los cambios, observaba en 1912:

Hemos presenciado en nuestra vida cómo la intimidad del barrio se ha visto quebrantada por el crecimiento de una intrincada red de contactos más amplios que nos hace ser extraños para la gente que vive en nuestra misma casa [...] y reduce la comunidad económica y espiritual con nuestros vecinos.⁴³

La urbanización, la industrialización y la inmigración habían socavado la vecindad.

Los pensadores progresistas procedían en su mayoría de pequeñas ciudades, y reconocían las características opresivas de la vida local: «el rebaño de la pequeña ciudad», en expresión de uno de ellos. Pero también recordaban las virtudes de una comunidad que hundía sus raíces en los lazos personales. «Al leer sobre una boda o sobre el nacimiento de un niño —observaba William Allen White— experimentamos ese sentimiento de vecindad que nutre la verdadera democracia.» Esa vecindad constituía una red informal de ayuda mutua, un capital social de una forma especialmente pura. En las pequeñas poblaciones, observa el historiador Quandt,

...donde cada cual se preocupaba de los asuntos de los demás, no tardaban en conocerse las enfermedades o dificultades, y provocaban una respuesta rápida. Jane Addams recordaba las funciones del cotilleo en el pueblo: servía para mantener a las personas informadas sobre quién necesitaba ayuda, y les permitía hacer «un bien que se hallaba al alcance de la mano» [...] Además del sentimiento de intimidad y de una sensación de inexistencia de clases sociales, la moral de la pequeña ciudad que conformaba los valores de aquellos intelectuales hacía hincapié en una participación amplia en los asuntos públicos de la comunidad [...] El resultado era una democracia política basada en un sentimiento de comunidad más igualitario que paternalista.⁴⁴

Los progresistas comunitarios censuraron el desgaste de esos lazos estrechos en los Estados Unidos de la urbanización y la industrialización. Los vínculos impersonales y diluidos del mercado sustituyeron a los más firmes de la familia, la amistad y la solidaridad de la pequeña localidad. Sus teorías se hicieron eco de distinciones expuestas por teóricos sociales contemporáneos de Europa: las teorías de la posición social frente al contrato, de Henry Maine; de la *Gemeinschaft* frente a la *Gesellschaft*, de Ferdinand Tönnies; de la solidaridad mecánica frente a la orgánica, de Émile Durkheim, y la comparación de Georg Simmel entre ciudad y metrópoli, expuestas todas ellas entre 1860 y 1902. Gran Bretaña, como primer país industrializado, fue también el primero en afrontar el moderno choque entre el egoísmo y la solidaridad. Benjamin Disraeli, que llegaría a ser un reformador victoriano, escribía ya en 1845:

En las grandes ciudades las personas se unen por el deseo de lucro. En lo referente a hacer fortuna no se hallan en una situación de cooperación, sino de aislamiento; y en cuanto a todo lo demás, no se preocupan por sus vecinos. El cristianismo nos enseña a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos; la sociedad moderna no reconoce a prójimo alguno.

Sus sucesores norteamericanos estaban de acuerdo con él en que en el nuevo orden social «las relaciones tendían a ser superficiales; las limitaciones impuestas por la opinión pública, débiles, y la causa común con el prójimo, inexistente».⁴⁵

Sin embargo, aquellos pensadores abrigaban la esperanza de que se pudieran reconstituir unos vínculos sociales de forma distinta, pero con valor similar incluso en la sociedad que tenían ante ellos y que veían surgir en torno. Su diagnóstico del cambio social les llevaba a proponer recetas, no a desesperarse. Según la descripción que da el historiador Quandt de la postura optimista de aquellos reformadores, «el sentimiento no forzado de pertenencia, la similitud de experiencias y la ética de la participación se podían mantener con más facilidad en la población pequeña que en cualquier otra parte, pero ello no excluía su cultivo en suelos diferentes».⁴⁶ La búsqueda o la creación de nuevos utensilios para cultivar la comunidad en el terreno desconocido de la sociedad industrial fue, pues, una tarea fundamental para los progresistas.

Los reformadores sociales de la era progresista comenzaron a considerar los males de la sociedad —la pobreza y todo lo demás— un reflejo de causas sociales y económicas, y no fracasos morales individuales. En aquellas circunstancias nuevas y más complejas, el individualismo grosero les parecía cada vez menos realista, y fue sustituido gradualmente por una concepción más orgánica de la sociedad. Los progresistas no negaban la importancia del interés propio, pero añadían que hombres y mujeres eran movidos también por valores inmateriales: el afecto, la reputación y hasta el altruismo.

Durante la edad dorada los actos de «caridad» y la «americanización» parecieron a las confortables clases medias una respuesta adecuada a los males sociales. «En esas décadas —escribe el historiador social Paul Boyer— la clase media estaba abandonando en realidad las ciudades de los inmigrantes y sus complejos problemas: huía a las zonas suburbanas, se retiraba a enclaves de barrios compactos, menospreciaba, ridiculizándola, la política municipal, y permitía al capitalismo industrial que estaba configurando la ciudad un avance sin límites ni control.» Pero, añade el historiador Jeffrey A. Charles, «al cambiar el siglo [...] la mera sociabilidad parecía ser una respuesta inadecuada al sentimiento de crisis que se apoderaba de la clase media [...] La redención social requería un nuevo tipo de activismo cooperativo [...] al servicio de la comunidad».⁴⁷

En su campaña para la presidencia de 1912 Woodrow Wilson habló de la transformación que se había adueñado de Estados Unidos en las cuatro décadas anteriores empleando palabras que, según sabía, los votantes entenderían.

Hemos llegado a una época muy diferente de cualquiera de las que nos han precedido. Ayer, y desde los inicios de la historia, los hombres se relacionaban entre sí como individuos [...] En toda la Unión las personas sienten que no controlan el curso de sus asuntos. Actualmente la gente mantiene relaciones cotidianas sobre todo con grandes intereses impersonales, con organizaciones, y no con otros individuos. Ahora bien, esta situación equivale prácticamente a una nueva época social, a una nueva era de relaciones humanas, a un nuevo escenario en el drama de la vida.⁴⁸

Era, en resumen, un tiempo muy parecido al nuestro, rebotante de promesas de avance tecnológico y prosperidad sin precedentes, pero añorante de un sentimiento de vinculación más integrado. Entonces, como ahora, unos nuevos modos de comunicación parecían prometer unas formas nuevas de comunidad, pero los hombres y mujeres reflexivos se preguntaban si era oro todo lo que relucía en esas nuevas formas. Entonces, como ahora, el optimismo alimentado por avances económicos recientes se impuso al pesimismo fundado en las duras realidades de unos males sociales aparentemente enconados.

Entonces, como ahora, nuevas concentraciones de riqueza y poder empresarial planteaban preguntas sobre el significado real de la democracia. Entonces, como ahora, unas concentraciones urbanas masivas de minorías étnicas empobrecidas planteaban cuestiones fundamentales sobre justicia y estabilidad social. Entonces, como ahora, la clase media que llevaba una vida confortable se sentía desgarrada entre los seductores atractivos del escapismo y las exigencias más profundas de una solidaridad social redentora.

Entonces, como ahora, nuevas formas de comercio, unos puestos de trabajo reestructurados y una nueva organización espacial de los asentamientos humanos amenazaban a las antiguas formas de solidaridad. Entonces, como ahora, oleadas de inmigrantes cambiaron la complexión de Estados Unidos y parecieron poner en peligro el *unum* de nuestro *pluribus*. Entonces, como ahora, el materialismo, el escepticismo político y la tendencia a adoptar un comportamiento de espectadores más que de actores parecieron frustrar el reformismo idealista.

Sobre todo, entonces, como ahora, el cambio tecnológico, económico y social desgastó —y hasta destruyó— antiguas ataduras de vínculos sociales. Algunos observadores serios comprendieron que no se podía volver a la senda del pasado, pero pocos vieron con claridad el camino hacia un futuro mejor.

Al final del siglo XIX y principios del XX a la complacencia alimentada por las hazañas tecnológicas le siguió la insatisfacción, la inventiva cívica y unos esfuerzos de reforma organizada estimulados por una mezcla de descontento y esperanza. En la década siguiente este movimiento floreciente y polifacético —que brotó de semillas plantadas en la edad dorada y se apoyó en nuevos tallos de vinculación so-

cial— darían el fruto de la era reformista más poderosa de la historia de Estados Unidos.

Mientras los románticos reaccionarios cavilaban sobre una vuelta a una época menos grandiosa, más sencilla y bucólica, los progresistas fueron demasiado prácticos como para sentirse atraídos por esa llamada. Admiraban las virtudes del pasado, pero comprendían que no se podía volver atrás. A pesar de sus defectos, la época industrial había hecho posible una prosperidad material que fue condición esencial para el progreso cívico. La cuestión no era «modernidad, ¿sí o no?», sino más bien cómo reformar las instituciones y adaptar los hábitos en aquel nuevo mundo para garantizar los valores permanentes de la tradición.

Sus puntos de vista eran activistas y optimistas, no fatalistas y descorazonados. La característica distintiva de los progresistas fue su convicción de que los males sociales no se remediarían por sí solos, y que era insensato esperar pasivamente el paso del tiempo, que todo lo cura. Según la expresión de Herbert Croly, no creían que el futuro se fuera a ocupar de sí mismo.⁴⁹ Y tampoco debemos creerlo nosotros.

Al escribir sobre los años finales del siglo XIX, el historiador Richard McCormick podía haber estado trazando un rumbo para los norteamericanos que entran en el siglo XXI:

En tiempos difíciles muchos norteamericanos se preguntaban por la adecuación de sus instituciones y se planteaban la cuestión de si en una sociedad industrializada son posibles la democracia y la igualdad económica. Al responder a estas preguntas con esperanza y trabajo duro, algunos hombres y mujeres comenzaron a experimentar nuevos métodos para resolver los problemas existentes. Cientos de personas volcaron sus energías sobre los centros sociales de los barrios en que vivían y trabajaron con los pobres de las ciudades. Una nueva generación de clérigos intentó hacer desde sus púlpitos que el cristianismo fuera significativo para este mundo, no sólo para el futuro, situando activamente sus iglesias en el lado de los desfavorecidos. El movimiento a favor de la reforma municipal entró en todo el país en una nueva fase cuando empresarios y profesionales intentaron ir más allá de sus propias filas y obtener un amplio apoyo para múltiples programas de mejora urbana. Los clubes de mujeres trasladaron cada vez más su atención de los debates literarios a los problemas sociales. Aunque estos esfuerzos de las clases media y alta no

alcanzarían su mayor fuerza hasta una década después, las semillas del progresismo se plantaron durante la depresión de la década de 1890.⁵⁰

Un rasgo llamativo de la revitalización de la vida cívica en Estados Unidos durante las últimas décadas del siglo XIX fue un auténtico auge de la creación de asociaciones. El equivalente norteamericano de los clubes se remontaba a los primeros años de la república.⁵¹ Algunas asociaciones de la era progresista (como la Independent Order of Odd Fellows) provenían del primer tercio del siglo XIX, y muchas otras databan de la guerra civil y del período siguiente. Según observamos en el capítulo 14, los Knights of Pythias, la Grange, la Benevolent and Protective Order of Elks, la Ancient Order of United Workmen y la Grand Army of the Republic (GAR) habían sido fundadas entre 1864 y 1868. El equivalente de la American Legion en el siglo XIX, la GAR, contaba con más de trescientos mil miembros en 1885.⁵²

Los historiadores están, sin embargo, de acuerdo en que sobre esos primeros cimientos se construyó una nueva estructura sólida de asociaciones cívicas a finales del siglo XIX y principios del XX.⁵³ Los clubes sociales no eran una novedad en la vida norteamericana, pero los historiadores de la realidad comunitaria suelen señalar su proliferación en este período. A finales del siglo XIX el país se vio recorrido por un denominado «movimiento de clubes» que hacía hincapié en la autoayuda y la no profesionalización. En 1876 Henry Martyn Robert publicó las *Robert's Rules of Order* para imponer orden en la proliferante anarquía de reuniones de clubes y comités. Aparecieron manuales para la fundación de clubes de muchachos o mujeres. Las fraternidades de hombres y mujeres en las universidades se extendieron rápidamente en las décadas de 1880 y 1890.

En las últimas décadas del siglo XIX los norteamericanos crearon un número sin precedentes de asociaciones voluntarias y se afiliaron a ellas. Desde la década de 1870 hasta la de 1910 se multiplicaron nuevos tipos de asociaciones y proliferaron secciones locales de otras anteriormente existentes, y todas ellas se federaron cada vez más en organizaciones estatales y nacionales. En Peoria y St. Louis, Boston y Boise, Bath y Bowling Green, los norteamericanos organizaron clubes e iglesias, logias y grupos de veteranos. En todas partes, desde las grandes metrópolis comerciales hasta las pequeñas localidades del in-

terior del país, el número de asociaciones voluntarias fue creciendo a ritmo aún mayor que la población, que aumentaba rápidamente. Así, la densidad de asociaciones —fraternales, religiosas, étnicas, laborales, profesionales, cívicas, etc.— por ciudadano aumentó bruscamente a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Luego, poco después del paso al siglo siguiente, aquella densidad de asociaciones comenzó a estabilizarse. (La figura 94 nos presenta el crecimiento numérico de organizaciones locales per cápita en una muestra de veintiséis comunidades diversas de todo el país.)⁵⁴

Ahora que nos hallamos en la frontera de un nuevo siglo, podemos ver que la primera piedra de la sociedad civil del siglo XX fue colocada por la generación de 1870-1900. Este período de fermento institucional concluyó en los primeros años del siglo XX, pero entonces (según hemos visto anteriormente) le siguió una larga época de adensamiento, al unirse a sus filas de afiliados las organizaciones fundadas en la edad dorada y en la era progresista. El hecho de que la figura 94 refleje a la perfección un crecimiento explosivo en la prensa

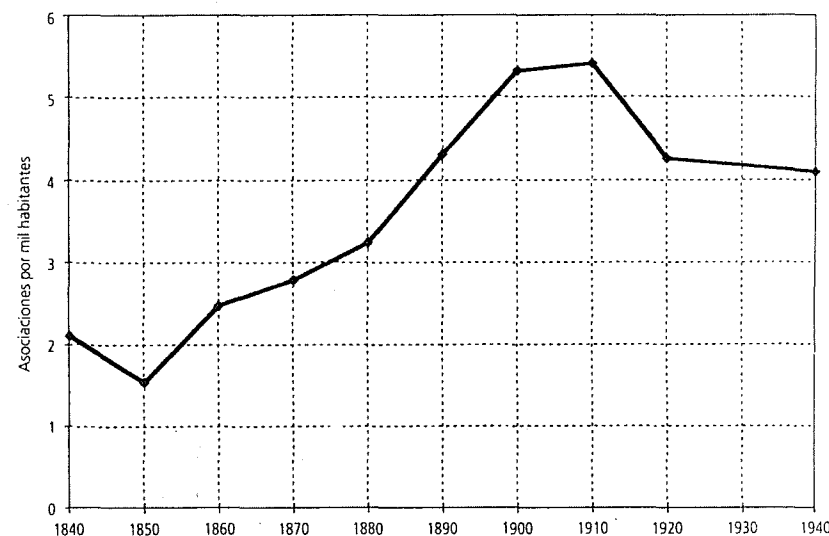
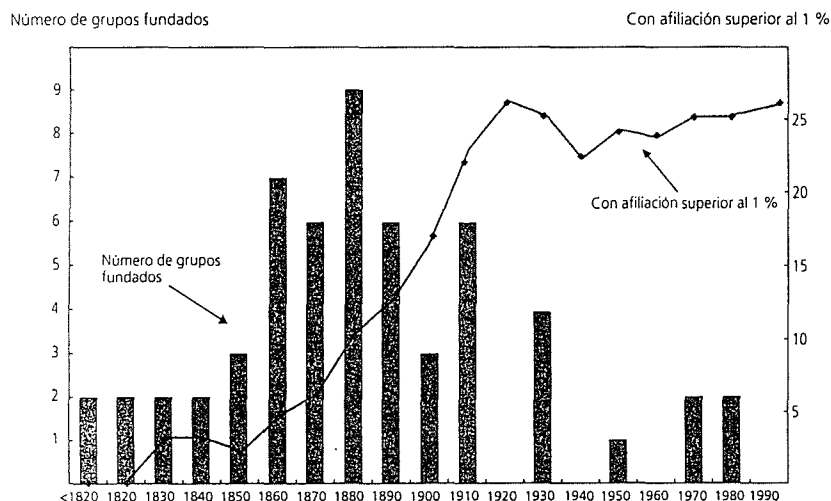


FIGURA 94: Densidad de asociaciones en veintiséis comunidades norteamericanas (1840-1940)

local de Estados Unidos de 1880 a 1910, seguido por un período de cierto estancamiento entre 1920 y 1940, significa que el trazado de la curva representa un arco no sólo de constitución de asociaciones, sino también de creatividad e iniciativa cívica.⁵⁵

Durante los años de 1870 a 1920 la inventiva cívica alcanzó un *crescendo* sin parangón en la historia norteamericana, no sólo en cifras de clubes, sino también en el alcance y duración de las organizaciones recientemente fundadas. La politóloga Theda Skocpol y sus colegas han demostrado que la mitad de las mayores organizaciones de afiliación masiva de los dos siglos de la historia de Estados Unidos –asociaciones que en algún momento reclutaron al menos a un 1 % de la población adulta masculina o femenina– fueron fundadas en las décadas que van de 1870 a 1920.⁵⁶ Según muestra la figura 95, el número de esas grandes asociaciones con afiliados creció de manera espectacular a finales del siglo XIX, alcanzando en la década de 1920 un nivel estable del que casi no se movió durante el resto del siglo XX.



Fuente: Civic Engagement Project, Harvard University; datos hasta julio de 1999

FIGURA 95: Fundación e incidencia acumulada de asociaciones con una gran afiliación

En efecto, apenas se puede considerar exagerado afirmar que la mayoría de las principales instituciones cívicas de gran alcance presentes en la vida norteamericana actual fueron fundadas en varias décadas de excepcional creatividad social en torno al paso del siglo XIX al XX. La tabla 9 nos presenta pruebas de esta generalización. De la Cruz Roja a la NAACP, de los Knights of Columbus a la Hadassah, de los scouts al Club de Rotarios, de la PTA al Sierra Club, de la Gideon Society a la Audubon Society, de la American Bar Association a la Farm Bureau Federation, de los Big Brothers a la League of Women Voters, de la Teamsters Union a las Campfire Girls, es difícil mencionar una institución cívica importante y general en la vida norteamericana de hoy que no fuera inventada durante aquellas pocas décadas.

Más aún, las organizaciones fundadas en aquel período fecundo del paso del siglo XIX al XX tuvieron una vida insólitamente larga. De las quinientas seis «sociedades y asociaciones» nacionales contemporáneas enumeradas, por ejemplo, en *Encarta 2000 World Almanac* –grandes y pequeñas, con secciones locales y sin ellas, religiosas, profesionales, sociales políticas y de otros tipos–, las fundadas en los treinta años transcurridos entre 1890 y 1920 fueron casi dos veces más que las creadas en los otros treinta que van de 1960 a 1990. La figura 96, donde se muestra la distribución de fechas de fundación de las quinientas seis asociaciones, revela que al concluir el siglo XX la sociedad civil norteamericana se basaba aún en gran medida en los cimientos organizativos sentados al comenzar el siglo.⁵⁷ Una distribución cronológica de este tipo –en la que las asociaciones viejas superan a las jóvenes– implica un descenso de la tasa de natalidad, o un aumento del índice de mortalidad infantil. En otras palabras, comparados con los empresarios organizativos de nuestro tiempo, los creadores de organizaciones de finales del siglo XIX y principios del XX fueron más prolíficos o tuvieron más éxito, o ambas cosas.

Además, por muy valiosos que sean, los grupos más recientes listados en los anuarios y aparecidos últimamente son agrupaciones de listas de correos, como People for the American Way, o de tipo restringido o difuso, como la Association for Investment Management and Research, la International Society of Sand Castel Builders, los New Age Walkers o el Group Against Smokers' Pollution (GASP).

TABLA 9: Innovaciones en capital social (1870-1920)

<i>Organización</i>	<i>Fecha de fundación</i>
National Rifle Association	1871
Shriners	1872
Chautauqua Institute	1874
American Bar Association	1878
Ejército de Salvación (EEUU)	1880
Cruz Roja Norteamericana	1881
American Association of University Women	1881
Knights of Columbus	1882
American Federation of Labor	1886
International Association of Machinists [y más tarde Aerospace Workers]	1888
Loyal Order of Moose	1888
Women's Missionary Union (Baptistas del Sur)	1888
Hull House (en pocos años se fundaron otros centros de asentamiento)	1889
General Federation of Women's Clubs	1890
United Mine Workers	1890
International Brotherhood of Electrical Workers	1891
International Longshoremen's Association	1892
Sierra Club	1892
National Council of Jewish Women	1893
National Civic League	1894
American Bowling Congress	1895
Sons of Norway	1895
American Nurses Association	1896
Volunteers of America	1896
Irish-American Historical Society	1897

Parent-Teacher Association (en origen National Congress of Mothers)	1897
Fraternal Order of Eagles	1898
Gideon Society	1899
Veterans of Foreign Wars	1899
National Consumers League	1899
International Ladies Garment Workers Union	1900
4-H	1901
Aid Association of Lutherans	1902
Goodwill Industries	1902
National Farmers Union	1902
Big Brothers	1903
International Brotherhood of Teamsters	1903
Sons of Poland	1903
National Audubon Society	1905
Rotarios	1905
Sons of Italy	1905
Boys Clubs of America	1906
YWCA	1906
Big Sisters	1908
NAACP	1909
American Camping Association	1910
Boy Scouts	1910
Campfire Girls	1910
Urban League	1910
Girl Scouts	1912
Hadassah	1912
Community Chest (más tarde United Way)	1913
Fundaciones comunitarias (Cleveland, Boston, Los Ángeles, etc.)	1914-1915
American Association of University Professors	1915
Junior Chamber of Commerce (Jaycees)	1915

Kiwanis	1915
Ku Klux Klan (segundo)	1915
Women's International Bowling Congress	1916
Civitan	1917
Lions Club	1917
American Legion	1919
Optimists	1919
Business and Professional Women (BPW)	1919
American Civil Liberties Union	1920
American Farm Bureau Federation	1920
League of Women Voters	1920

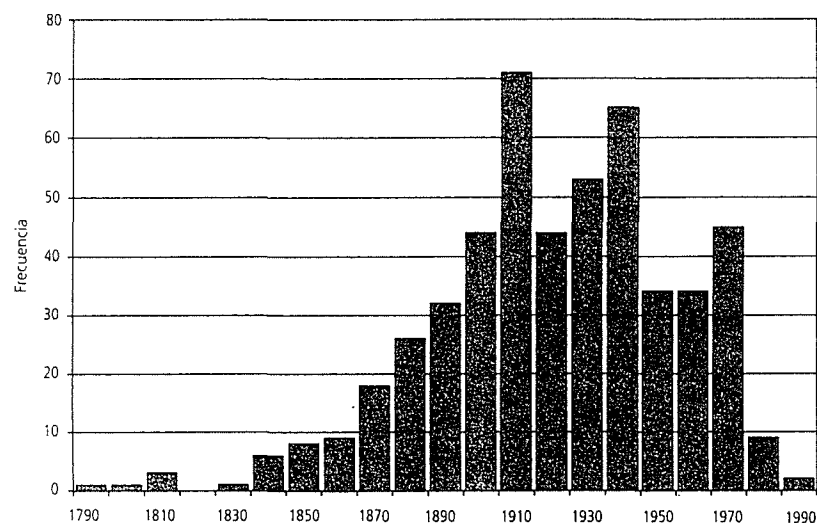


FIGURA 96: Fechas de fundación de asociaciones existentes actualmente en Estados Unidos

Los grupos fundados entre 1890 y 1920 –que de momento han pervivido, al fin y al cabo, durante un siglo aproximadamente– tienden más a ser organizaciones profesionales, cívicas o de servicios con una base amplia, como los boy scouts, la National Association of Grocers, la Cruz Roja o el Lions Club. (¿Tiene alguna verosimilitud la idea de que los New Age Walkers, o incluso el GASP, seguirán existiendo en torno al 2099?)

Para encontrar algún tipo de enseñanza en la oleada de inversiones en capital social ocurrida en el paso del siglo XIX al XX, observemos en primer lugar la amplia diversidad de tipos en que se manifestó. Hace un siglo Estados Unidos era un lugar más marcado por las diferencias sexuales que el país actual, y la mayoría de las organizaciones fundadas en ese período estaban segregadas en función del sexo. Por tanto, no es de extrañar que el caso más destacado de proliferación organizativa en esa época fuera el de los grupos de fraternidades. Aunque la masonería tenía orígenes mucho más antiguos, la edad dorada señaló el inicio de un período de expansión masiva de grupos fraternales. «Uno de cada cinco o quizá uno de cada ocho hombres con quienes nos encontramos se identifica con alguna organización fraternal», escribía en 1897 W.S. Harwood. El historiador David Beito sospecha que «según un cálculo nada aventurado, una tercera parte de los varones adultos de más de diecinueve años eran miembros» de alguna de esas asociaciones en 1910.

El fraternalismo representó en parte una reacción contra el individualismo y la anomia de aquella era de rápido cambio social, un asilo donde protegerse de un mundo de desorden e incertidumbre. Los grupos fraternales proporcionaban beneficios materiales (por ejemplo seguros de vida y médicos), y solidaridad social y ritual. Un rasgo fundamental de estos grupos era la ayuda mutua, basada en el principio de reciprocidad: quien recibe hoy será mañana donante. El historiador Beito observa que «lograron crear unas amplias redes sociales y de ayuda mutua entre los pobres». Según sus informaciones, las mayores organizaciones fraternales de la nación –los masones, los Odd Fellows, los Knights of Pythias, la Ancient Order of United Workmen, las Modern Woodmen of America– contaban con miles de miembros en secciones locales de todo el país. Beito señala que aquella «estructura geográficamente extendida [...] facilitaba una especie

de reaseguro para mitigar crisis locales, como los desastres o epidemias naturales»; y para concluir añade:

Al afiliarse a una logia, el iniciado adoptaba, al menos implícitamente, un conjunto de valores. Las sociedades se dedicaban al progreso del mutualismo, la independencia, la formación profesional, el ahorro, las habilidades de liderazgo, el autogobierno, el autocontrol y la formación de un buen carácter moral. Estos valores reflejaban un consenso fraternal que iba más allá de divisiones aparentemente irreductibles de raza, género e ingresos.

Hombres de todas las categorías sociales se afiliaban a esas sociedades. Las organizaciones fraternales acogían tanto a miembros de la clase media como de la clase obrera. Era característico que estuvieran segregadas en función de la raza y el sexo. Por otra parte, según ha demostrado Beito, había muchas organizaciones comparables para afroamericanos y mujeres, que cumplían las mismas funciones de ayuda mutua y edificación moral. Es posible que la segregación repugne a nuestros valores, pero en cuanto forma de capital social en ascenso, la organización fraternal no se limitaba sin duda a los varones blancos de clase media. Tal como lo ilustra el caso de los Knights of Columbus, la B'nai B'rith y la Prince Hall Freemasonry (organización para masones negros), diversos grupos étnicos tendieron a generar sus propias organizaciones fraternales. A comienzos del siglo xx estas organizaciones se encontraron con la competencia de los nuevos clubes de servicios (Rotarios, Kiwanis, Lions, Jaycees y otros similares) y de asociaciones profesionales. Estos grupos más recientes ofrecían contactos profesionales, una apariencia más moderna y un celo cívico más visible, aunque todo ello a expensas de la «hermandad» del fraternalismo.⁵⁸

Entre las mujeres, una cruzada más o menos espontánea impulsada en 1873-1874 desde su base en el medio oeste dio nuevas fuerzas al movimiento antialcohólico, y tuvo como consecuencia la formación de la Woman's Christian Temperance Union (WCTU), que se extendió rápidamente como vehículo para una reforma moral y social más amplia. Frances Willard, su activista dirigente, optó por unas medidas nacionales cuyo lema era «Haz de todo», y las mujeres de la WCTU lo hicieron así, abogando por la reforma de las cárceles, for-

mando grupos juveniles, creando guarderías infantiles y hasta respaldando la reforma laboral. En la década de 1890 la WCTU comenzó a decaer, y al morir Willard en 1898 limitó su actividad a la abstención del alcoholismo y la prohibición legal de la venta de alcohol. Entretanto, no obstante, comenzaron a aparecer nuevos grupos femeninos que surgieron en parte de las numerosas agrupaciones independientes de lectura y estudio descritas en el capítulo 9. En 1890 esta red de organizaciones de mujeres, que iba más allá de lo local, se unió para constituir la General Federation of Women's Clubs. Durante aquel período las asociaciones de mujeres comenzaron a comprometerse explícitamente en cuestiones políticas, y a realizar campañas sobre asuntos como el trabajo infantil, el empleo femenino, las guarderías y miles de otras reformas sociales, entre ellas el sufragio femenino.⁵⁹

Las asociaciones de inmigrantes y étnicas ilustran otros aspectos de la formación de capital social a finales del siglo xix. En términos generales la emigración devalúa el capital que uno posee, al tener que dejar tras de sí la mayor parte de los propios vínculos sociales. Por tanto, los inmigrantes se esfuerzan de forma racional por conservarlo. La llamada emigración en cadena, por la que inmigrantes de una determinada localidad del «viejo país» se asientan cerca unos de otros en su nueva patria, fue y sigue siendo una estrategia común para solventar la situación. Además, las sociedades benéficas de ayuda mutua fueron para muchas comunidades de inmigrantes el suelo firme que les proporcionó seguridad económica, camaradería y hasta representación política. Un miembro de un *tong* (sociedad secreta) chino expresaba el valor esencial del capital social para los inmigrantes en un comentario realizado a principios del siglo xx: «Somos forasteros en tierra extranjera. Debemos tener una organización (*tong*) que controle a nuestros paisanos y desarrolle nuestra amistad».⁶⁰

Según el historiador Rowland Berthoff, «los inmigrantes, habituados a una vida comunal más cerrada de lo que puede recordar ahora casi cualquier norteamericano, adoptarían pronto la forma fraternal de la asociación voluntaria norteamericana para unir sus comunidades étnicas locales frente a la impredecible desvinculación de la vida en Estados Unidos». Los alemanes, que constituían la minoría étnica más numerosa durante ese período, fueron especialmente asociacionistas. Cuando italianos, judíos, polacos y otros grupos de Europa

meridional y oriental llegaron en torno al cambio de siglo, organizaron también rápidamente sociedades de ayuda, de préstamos sin intereses, funerarias, sociales y deportivas, y clubes recreativos, periódicos en lengua extranjera, iglesias y sinagogas. En 1910 se decía que dos tercios de los polacos de Estados Unidos pertenecían al menos a una de las aproximadamente siete mil asociaciones polacas, y las cifras eran similares para judíos, eslovacos, croatas, etc. Además, otras organizaciones fraternales nacionales como B'nai B'rith, Hadassah y los Knights of Columbus atrajeron un gran número de personas al concluir el siglo XIX.⁶¹

La constitución de asociaciones entre negros emancipados siguió un modelo parecido que incluía la ayuda mutua, los entierros y las asociaciones de tipo social además de grupos fraternales y femeninos negros. Al quedar libres de la esclavitud, ejercitar las libertades cívicas recién adquiridas y enfrentarse a profundas fracturas sociales, hubo muchos negros que entre 1870 y 1900 fundaron y se afiliaron a asociaciones, tanto en el norte como en el sur. En su clásico estudio titulado *The Philadelphia Negro*, W.E.B. Du Bois hizo hincapié a finales del siglo XIX en la importancia de las sociedades secretas negras, como la de los Odd Fellows y los masones, para proporcionar «distracciones de la monotonía del trabajo, ámbitos para la ambición y la intriga, posibilidades de ostentación y seguridad frente a las desgracias», prácticamente los mismos servicios que atrajeron a millones de blancos hacia aquellas organizaciones durante esos años. Según analizamos en capítulos anteriores, la iglesia desempeñó un cometido de importancia singular en la formación de capital social en el seno de la comunidad afroamericana. Al mismo tiempo surgieron asociaciones que vincularon a negros y blancos en apoyo de la reforma social, sobre todo la NAACP y la Urban League.⁶²

Aunque la cultura del mundo industrial norteamericano se iba haciendo más profana en algunos sentidos, la religión tuvo un papel fundamental en las realizaciones cívicas del período, muy al margen de las actividades devotas de las parroquias y congregaciones locales. El Ejército de Salvación, movimiento protestante evangélico que atendía a los pobres urbanos sin iglesia con celo misionero y una mercadotecnia de masas nada ortodoxa —marchas, bandas de instrumentos y «chicas del aleluya»—, se propagó de Gran Bretaña a Estados Unidos

en 1880. Fue una época de «evangelio social» y «cristianismo vigoroso». El movimiento del Evangelio Social encarnaba un esfuerzo realizado al final del siglo XIX por algunos teólogos y ministros protestantes liberales para que sus feligreses de clase media prestaran atención a ciertos problemas sociales urgentes, como la pobreza urbana. El Evangelio Social fue una reacción contra el individualismo, el *laissez faire* y la desigualdad, y un intento de hacer que la religión fuera significativa en las nuevas circunstancias sociales e intelectuales.

Fue en este período cuando muchas iglesias asumieron las características de lo que el historiador de la religión E. Brooks Holifield denomina «la congregación social».

En los últimos años del siglo XIX miles de congregaciones se transformaron en centros no sólo abiertos al culto, sino disponibles también para la catequesis dominical, conciertos, actividades sociales de la iglesia, reuniones de mujeres, grupos de jóvenes, agrupaciones de chicas, brigadas de muchachos, círculos de costura, sociedades benéficas, escuelas diurnas, sociedades antialcohólicas, clubes atléticos, tropas de boy scouts y un sinnúmero de otras actividades [...] Henry Ward Beecher aconsejaba a los seminaristas de Yale que «multiplicaran las comidas campestres» en sus parroquias, y muchas congregaciones de todo tipo pasaron de los picnics a los gimnasios, las casas parroquiales, los campamentos, los equipos de béisbol y los grupos de entrenamiento militar [...] También entregaron cantidades de dinero cada vez mayores a objetivos distintos del de su propio mantenimiento: tanto en las ciudades como en las iglesias rurales, las congregaciones protestantes donaron en 1923 a misiones y causas benéficas del 25 al 35 % de las ofrendas recibidas, frente a un 14 a un 18 % que habían sumado los donativos al concluir el siglo anterior.⁶³

La inspiración religiosa, la mejora personal y el compromiso cívico estuvieron íntimamente ligados en aquellos años. El movimiento Chautauqua, fundado en el norte de Nueva York en 1874 como instituto de verano para los profesores de la catequesis dominical metodista, creó en toda la nación varias escuelas de ampliación formativa, grupos de estudio y circuitos de conferencias en carpas, en cuyos viajes participaron de forma regular diversos conferenciantes, desde Eugene Debs hasta Warren Harding. Un comentarista calculaba en 1919 que

«una de cada once personas del país, hombre, mujer o niño, asistía todos los años a un liceo o a un programa de Chautauqua». La radio (y más tarde la televisión) proporcionaría entretenimiento más atractivo, aunque brindaría menos oportunidades a la deliberación cívica de base e interclasista.

Los católicos tendían a mostrarse aún más compasivos que los protestantes con las dificultades de los pobres, en parte porque eran más los pertenecientes a la clase obrera. Como siempre, la iglesia desempeñó un cometido especial entre la comunidad negra. Evelyn Higginbotham, destacada historiadora de la iglesia negra, observa que «abarca diversos programas, como escuelas, bibliotecas ambulantes, conciertos, restaurantes, compañías de seguros, formación profesional, clubes de atletismo, dirigidos todos ellos a una población mucho más amplia que los miembros de las iglesias particulares. La iglesia [...] celebraba reuniones políticas, conferencias de clubes femeninos y graduaciones escolares». En resumen, una cristiandad socialmente reformista fue un elemento central de inspiración del activismo social de la época. Cuando los delegados de la Convención Progresista se dispusieron a nombrar a Theodore Roosevelt candidato del reformismo por aclamación, en 1912, estallaron espontáneamente en un coro cargado de emoción que entonó *Onward, Christian Soldiers*!⁶⁴

Fue también una época en la que el movimiento obrero organizado se convirtió en una fuerza importante de la vida norteamericana. Basándose en el principio de que todo tipo de trabajadores debía enrolarse en «un gran sindicato», los Knights of Labor habían crecido enormemente, pasando de veintiocho mil miembros en 1880 a setecientos veintinueve mil seis años después, para retroceder luego a cien mil en 1890 y hundirse en 1894 ante los conflictos internos entre trabajadores especializados y no especializados, así como entre negros y blancos. Su función directiva fue asumida pronto por la American Federation of Labor, junto con diversos sindicatos organizados por ramas profesionales e industriales: mineros (fundado en 1890), trabajadores de la electricidad (1891), estibadores (1892), trabajadores de la confección (1900), transportistas (1903), etc. En apenas siete años (1897-1904) la sindicación nacional se multiplicó casi por cuatro, pasando del 3,5 al 12,3 % de la mano de obra no agraria. Esta vez las

campañas de los sindicatos resultaron más duraderas, y la afiliación no bajaría durante el resto del siglo del nuevo nivel alcanzado.⁶⁵

Los historiadores Thomas Cochran y William Miller demuestran claramente que los sindicatos formaban parte de las vidas sociales de sus miembros, que no eran sólo un medio para conseguir mejoras materiales:

La acción colectiva obrera tenía raíces más complejas que las simples cuestiones de salarios y horario [...] Los sindicatos eran sólo una parte del movimiento de masas para formar clubes, logias y órdenes fraternales. Trabajar para el sindicato y autorizar a los delegados a batallar con el patrón equivalía a una reafirmación del poder del individuo sobre su entorno. Los planes de prestaciones mutuas conferían un sentimiento de seguridad frente a los accidentes industriales y el paro estacional, mientras que las iniciativas sociales, bailes, fiestas campestres y conferencias de los sindicatos ofrecían una actividad estimulante para los momentos de ocio.⁶⁶

Los reformadores de la era progresista eran especialmente conscientes de la importancia del desarrollo de la juventud, por lo que este terreno fue un foco importante de atracción de sus energías organizativas. En un extraordinario estallido de creatividad se fundaron en menos de una década (1901-1910) la mayoría de las organizaciones juveniles nacionales que dominarían el siglo xx: los boy scouts y girls scouts, las Campfire Girls, los 4-H, los Boys Clubs y Girls Clubs, los Big Brothers y Big Sisters y la American Camping Association, cristalización organizativa del movimiento de campamentos de verano que se había desarrollado con rapidez en las dos décadas anteriores.

Las guarderías infantiles y los institutos de enseñanza media pasaron a ser también en aquellos años elementos reconocibles del sistema escolar público norteamericano, y el patio de recreo se convirtió en un algo corriente en las poblaciones y ciudades de Estados Unidos. A partir de la creación de parques para niños en Boston en 1885, los terrenos de juego organizados se difundieron rápidamente hasta Nueva York, Chicago, Filadelfia, Los Ángeles y otros lugares, y en 1906 se fundó la Playground Association of America. Mediante la creación de estos centros recreativos públicos, los reformadores esperaban que toda la familia participara en unos pasatiempos saludables

en vez de dejar a los niños sin vigilancia en unas calles peligrosas. Frente a los malos tratos a los niños, recientemente reconocidos, la New York Society for the Prevention of Cruelty to Children, fundada en 1874 según el modelo de la New York Society for the Prevention of Cruelty to Animals, tuvo en otras partes organizaciones sucesoras similares, y en 1908 había cincuenta y cinco sociedades locales para la prevención de la crueldad contra los niños. En resumen, los norteamericanos de aquella época no se lamentaban simplemente de «cómo son hoy los niños» ni suspiraban nostálgicos por la pérdida del control social en los pueblos. Los progresistas dedicaron más bien sus energías intelectuales, organizativas y económicas a abrir nuevos caminos constructivos y brillantes para la juventud. En un golpe de genio comercial, las nuevas organizaciones aunaron los valores sociales perdurables («El scout es fiel, leal, servicial, amable y cortés...») con la pura diversión de la acampada, el deporte y el juego.⁶⁷

Uno de los inventos sociales más notables de la era progresista fueron los centros de asentamiento (*settlement houses*), idea importada de la Inglaterra de los años centrales de la época victoriana. Los centros de asentamiento acogían a jóvenes idealistas de clase media, hombres y mujeres, que vivían durante varios años en barrios bajos urbanos para proporcionar «sostén moral» y educativo a los inmigrantes pobres. A la Hull House, fundada por Jane Addams en Chicago en 1889, le siguió rápidamente una proliferación de experimentos similares en otras ciudades: seis en 1891, setenta y cuatro en 1897 y unos cuatrocientos en 1910. Al principio el objetivo primordial de los miembros de los centros era enseñar inglés y aportar el conocimiento cívico necesario para la vida ciudadana, pero sus actividades se ampliaron rápidamente, según describe el historiador Mark Wahlgren:

Los trabajadores de los centros de asentamiento crearon sociedades de debate y ciclos de conferencias, enseñaron a las madres de los barrios bajos la importancia de bañarse y disponer de instalaciones sanitarias, las instruyeron en el conocimiento de habilidades manuales para competir en el mercado laboral, y dirigieron guarderías infantiles y centros de atención diurna para los niños de padres trabajadores. Al dormitorio principal de Hull House se añadió pronto una galería de arte y luego una cafetería, un gimnasio y un cuarto para bebés.⁶⁸

Los centros de asentamiento hicieron aportaciones valiosas a la vida de los pobres urbanos. Centros como la Kingsley House de Pittsburgh organizaban programas estivales al «aire libre» para miles de niños, junto con sus padres. Un club de la Hull House dio su primer clarinete a Benny Goodman. Es, sin embargo, una ironía que el efecto más significativo a largo plazo del movimiento de los centros de asentamiento no lo experimentaran los beneficiarios del servicio, sino quienes lo prestaban. Jane Addams había esperado que el contacto directo con las realidades más crudas de la vida daría sentido a las vidas de los jóvenes que acababan la enseñanza media. La serie de líderes surgidos de la experiencia de los centros de asentamiento fue extraordinaria: no fueron sólo docenas de reformadoras sociales, como Florence Kelley y Eleanor Roosevelt, sino también futuros magnates dotados de conciencia pública, como Gerard Swope (presidente de la General Electric de 1922 a 1944) y Walter Sherman Gifford (presidente de la AT&T de 1925 a 1948). El historiador Richard McCormick resume así el impacto producido a largo plazo por los centros:

Los centros de asentamiento sirvieron de terreno de entrenamiento tanto para hombres como para mujeres. Desde ellos, los residentes se integraron en todo tipo imaginable de actividades de reforma social progresista: la mejora de los bloques de viviendas, el movimiento de parques públicos de juego, la cruzada por la abolición del trabajo infantil, la exigencia de horarios y salarios mejores para las mujeres trabajadoras, y muchas cosas más [...] Sus valores y actividades debieron de parecer a menudo extraños a los obreros inmigrantes a quienes intentaban ayudar. Pero a comienzos de la década de 1900 no hubo otros norteamericanos que intentaran idear soluciones para los problemas urbanos o industriales con tanto vigor o éxito como las mujeres y hombres del movimiento de los centros de asentamiento.⁶⁹

Como movimiento social, el progresismo fue amplio y diverso. Según ha observado el filósofo político Peter Levine, «difícilmente podría llamarse movimiento al que pudiera atraer a Upton Sinclair y J. Edgar Hoover, W.E.B. Du Bois y Robert Taft, Herbert Hoover y el joven Franklin D. Roosevelt».⁷⁰ Cualquier interpretación simple corre pues el peligro de ser incompleta e inducir a error. Sin embargo, desde nuestro punto de vista la era progresista representó una reacción cívica

ca comunitaria frente al individualismo ideológico de la edad dorada. Aunque culminó en un movimiento específicamente político, comenzó con unas metas sociales más amplias y más inmediatas. Una de las razones importantes que explicaban sus eficaces esfuerzos por crear terrenos de juego, museos cívicos, guarderías infantiles, parques públicos y otras instalaciones similares era la de robustecer los hábitos de cooperación sin ahogar el individualismo. Frederick Law Olmsted, diseñador del Central Park de Nueva York (abierto en 1876) y primer comisario del Parque Nacional de Yosemite (1890), hizo campaña a favor de la creación de parques y zonas recreativas como medio para superar el aislamiento y la desconfianza. De manera similar, un abogado entusiasta del movimiento en favor de los terrenos de juego declaraba:

Están apareciendo en cantidades importantes y por todo país, y en cualquier parte producen los mismos resultados sociales, es decir, generan un buen espíritu comunitario, despiertan la conciencia cívica y la cooperación, y fomentan una camaradería espiritualmente sana, en vez del individualismo y el aislamiento. Si pudiéramos ver el triunfo de la idea de los terrenos de juego [...] los beneficios para la nación, gracias al número cada vez mayor de ciudadanos joviales, satisfechos, laboriosos y patrióticos, serían mucho mayores que si se descubrieran minas de riquezas fabulosas o si se pusiera bajo nuestra bandera todo el comercio del mundo.⁷¹

En resumen, aunque no emplearan en general esta terminología, un objetivo importante de los progresistas era el fortalecimiento del capital social.⁷² Recordemos que la propia expresión de «capital social» fue inventada por un educador de la era progresista, L.J. Hanifan, al exponer el valor de los centros comunitarios.

El impulso educativo y asimilador alcanzó quizá su máximo florecimiento con el movimiento de las guarderías infantiles. La primera guardería norteamericana, copiada de una institución inventada por los educadores progresistas alemanes, fue lanzada por Elizabeth Palmer Peabody, una «dama generosa» de Boston. A finales de la década de 1870 este movimiento de guarderías se extendió rápidamente por todo el país, y en 1908 había más de cuatrocientas gestionadas por clubes de mujeres, grupos antialcohólicos, iglesias y otras organizacio-

nes. En sus primeros años las guarderías se inspiraron en una filosofía pedagógica innovadora que estimulaba la creatividad infantil. Sus organizadores voluntarios buscaban proporcionar un entorno educativo sano a los hijos de los inmigrantes e influir en las técnicas de crianza de sus padres. En torno a las guarderías creció un cúmulo de formas nuevas de vinculación entre adultos: clubes de madres, de costura y algunos otros. Algunas de las características más innovadoras del movimiento, como su legión de voluntarios y su insistencia en la creatividad infantil, más que la mera capacidad escolar, se desvanecieron a medida que las guarderías se fueron incorporando cada vez más al sistema de escuelas públicas y las maestras lucharon por conseguir el reconocimiento profesional; pero quedó un importante resto. El National Congress of Mothers, formado en parte a partir del movimiento de guarderías en 1897, pasó luego a organizar grupos escolares locales de padres y profesores. En 1924 el Congress of Mothers fue rebautizado formalmente con el nombre de National Congress of Parents and Teachers (la posterior PTA).⁷³

Según pone de manifiesto McCormick, el compromiso cívico se hablaba en el corazón de los planteamientos progresistas:

El progresismo debió mucho de su éxito a un método característico de reforma, algunas de cuyas variantes fueron adoptadas por los dirigentes de casi todas las demás causas. Era típico de ellas comenzar organizando una asociación voluntaria, investigando un problema, acopiando datos significativos y analizándolos de acuerdo con los preceptos de una de las ciencias sociales más recientes. A partir de ese análisis solía surgir una propuesta de solución, se popularizaba mediante campañas de educación y persuasión moral y —en una mayoría de casos, si parecía funcionar bien— era asumida como función pública por alguna instancia gubernamental.⁷⁴

Las personas que impulsaban esas iniciativas sociales, tanto en el plano local de base como en el nacional, constituían asociaciones nuevas que al principio no solían tener objetivos políticos. Un ejemplo temprano fue el movimiento antialcohólico, que en parte se propuso crear «una estructura cohesionada de responsabilidad recíproca» frente a la industrialización y la urbanización. A menudo las nuevas organizaciones se constituían además a partir de redes sociales preexistentes,

sobre todo de tipo religioso. A su vez los movimientos de reforma locales y nacionales se construían sobre los fundamentos de grupos informales o apolíticos.

Un ejemplo ni mucho menos único es el de la transformación de los grupos de lectura femeninos primero en movimiento cívico y después en fuerza política. Durante la depresión de la década de 1890 ciertos grupos femeninos de lectura ampliaron sus programas hasta incluir servicios sociales y defensa de intereses. La General Federation of Women's Clubs (GFWC), fundada en 1890 hizo campaña a favor de que el gobierno inspeccionara los alimentos, unas normas de vivienda más estrictas, una mayor salubridad del agua potable, la protección de la mujer en el puesto de trabajo, y servicios para pobres, enfermos, discapacitados y niños. El National Congress of Mothers, creado para educar a las madres en la crianza de sus hijos, buscó luego el apoyo público para la fundación de clínicas infantiles, tribunales juveniles, hogares de libertad condicional para niños a la espera de juicio, guarderías infantiles y terrenos de juego. Las afroamericanas, a quienes la segregación impedía afiliarse a la GFWC, formaron en 1896 la National Association of Colored Women's Clubs of America, hicieron campañas contra el consumo de alcohol y apoyaron escuelas infantiles, guarderías infantiles y hogares para madres solteras. «El lugar de la mujer es el hogar —escribía la sufragista Rheta Childe Dorr en 1910—, pero el hogar no se limita a las cuatro paredes de la vivienda individual. El hogar es la comunidad.»⁷⁵ El movimiento sufragista, que iba más allá de las divisiones de clase (aunque no de las de raza, en general), fue tan sólo la culminación más visible de la organización feminista durante el paso de siglo XIX al XX.

Las oleadas sucesivas de movilización obrera nos proporcionan otro ejemplo del nexo entre movimientos de solidaridad social y de reforma política. Los esfuerzos para organizar el mundo obrero en las décadas finales del siglo XIX no eran ni mucho menos reuniones para tomar el té, pues aquellos años fueron la época más agitada del conflicto de clases en la historia de Estados Unidos. «La década de 1880 chorreó sangre», recordaba Ida Tarbell en sus memorias. A pesar de los reiterados esfuerzos por ampliar los planes de la clase trabajadora para hacer que incluyeran la reforma social y la lucha de clases, los sindicatos de más larga vida del siglo XIX tendieron ante

todo a mejorar las condiciones de trabajo. El auge de la sindicación en el cambio de siglo culminó, no obstante, en 1910 con la elección de quince sindicalistas para el Congreso; y al respirarse en el ambiente la amenaza del «socialismo», la clase política se decidió a incluir entre sus objetivos la reforma laboral. Las alianzas entre las distintas clases fueron también importantes en este punto. El objetivo de la National Consumers League, fundada en 1899 por Florence Kelley, una activista de los centros de asentamiento, fue permitir a las compradoras de clase media boicotear las empresas que no ofrecían condiciones laborales decentes a sus empleadas.⁷⁶

Como movimiento social, el progresismo no se amolda a ninguna clasificación simple de «arriba» y «abajo». Muchas de las nuevas organizaciones fraternales, cívicas y de reforma fueron consecuencia de las campañas de reclutamiento realizadas por oficinas generales y líderes nacionales, mientras que otras surgieron en respuesta a iniciativas locales. Algunas, como 4-H y Grange, fueron en realidad creación del gobierno federal. Todavía fue más importante la difusión de iniciativas de una comunidad a otra por contacto. Según observa la politóloga Theda Skocpol, «este método de expansión organizativa recordaba mucho a las técnicas utilizadas por los clérigos metodistas y baptistas que recorrían un circuito para propagar las nuevas congregaciones por los Estados Unidos de antes de la guerra civil como un reguero de pólvora».⁷⁷

El aprendizaje por contacto fue común en la difusión de las ideas progresistas a favor del desarrollo del compromiso cívico. Iniciativas nacidas en una parte del país se recogían y desarrollaban en otras comunidades, desde donde se difundían aún más allá. Podemos ver este proceso en acción siguiendo las huellas de la evolución de una sola innovación cívica. En la década de 1890, inspirándose en parte en las conferencias pronunciadas en la Hull House por académicos como John Dewey, las universidades de Wisconsin y Chicago crearon escuelas de extensión universitaria para profundizar los lazos entre la universidad y los ciudadanos adultos. En la primera década del nuevo siglo Tom Johnson, el famoso alcalde progresista de Cleveland, concibió la idea de celebrar reuniones periódicas en una carpa para inducir a ciudadanos y dirigentes políticos a un intercambio informal sobre asuntos públicos. En 1907, basándose en estas iniciativas, organiza-

ciones cívicas de Rochester (Nueva York) habían fundado «centros sociales» en las escuelas públicas para organizar con fondos públicos debates populares sobre asuntos locales.

Al cabo de tres años, según recoge el *Democrat and Chronicle* del 20 de marzo de 1910, se celebraban anualmente en Rochester centenares de reuniones de ese tipo: «El programa de esta semana en los centros sociales y clubes cívicos es variado, y comprende veladas dedicadas a debatir sobre condiciones en la empresa, salud, arte, organización social, carestía de los precios, el problema de las bebidas alcohólicas y los de los barrios». La participación en estas deliberaciones cívicas no tenía en cuenta, ni mucho menos, las diferencias de clase y educación; un observador de 1911 informaba lacónicamente que «al tratarse el tema de la forma delegada del gobierno, una lavandera polaca y la presidenta de la WCTU se opusieron a un limpiador y un profesor universitario». En 1916 el movimiento de los «centros sociales» (o «centros comunitarios») se había extendido por todo el país y llegado a Virginia Occidental, donde, tal como hemos visto, suscitó en L.J. Hanifan la primera referencia registrada al «capital social». ⁷⁸

Según ilustra esta historia, aunque los grandes centros metropolitanos de Nueva York, Boston y otros de su tipo participaron en el proceso de renovación cívica, una gran parte de la actividad creativa se llevó a cabo en comunidades del interior del país, cuando los activistas locales, interesados en reconstruir los lazos comunitarios en el nuevo siglo, aprendieron unos de otros qué era lo que funcionaba. En realidad, la oleada de constitución de asociaciones de finales del siglo XIX había comenzado en las pequeñas ciudades del interior, no en las metrópolis cosmopolitas. El movimiento de institutos de enseñanza media se difundió con máxima rapidez en las pequeñas ciudades del medio oeste y el oeste. Es posible que los historiadores Arthur Link y Richard McCormick exageren un poco, pero captan los rasgos distintivos del movimiento cuando concluyen que el «progresismo fue el único movimiento de reforma experimentado por toda la nación norteamericana a lo largo de su historia». ⁷⁹

Como movimiento político, los progresistas fueron responsables de la mayor renovación de los programas e instituciones públicas de la historia de Estados Unidos, comparable sólo al New Deal. En unas pocas décadas se introdujeron en la política estatal y local, hasta di-

fundirse luego gradualmente por toda la nación, las siguientes características de nuestro procedimiento político: el voto secreto (1888, Kentucky), la iniciativa popular y el referéndum (1898, Dakota del Sur), las elecciones primarias para la presidencia (1900, Minnesota), el sistema de gerente municipal (1903, Galveston, Texas), la elección senatorial directa (1913) y el sufragio femenino (1893, Colorado; 1920, Constitución de Estados Unidos). Aparte de estas reformas políticas básicas, fue también el período más intenso de reforma administrativa local de nuestra historia. ⁸⁰

En el plano nacional los progresistas pusieron las piedras angulares institucionales de los principios generales fiscales y políticos con la Reserva Federal (1913), el impuesto sobre la renta (1913) y la oficina presupuestaria (1921). Apenas hubo un terreno de dirección pública que no fuera tocado por la avalancha de iniciativas políticas de los progresistas: la primera legislación de la historia de Estados Unidos para la protección del consumidor (la Food and Drug Administration y la inspección federal de los productos cárnicos en 1906, y la Federal Trade Commission en 1914), la primera legislación medioambiental (el sistema forestal nacional de 1905 y el sistema de parques nacionales de 1913), la creación de los departamentos (ministerios) de Comercio y Trabajo (1913) y la Oficina general de Cuentas (1921), la consolidación de las normas antitrust (1903), las leyes contra el trabajo infantil (1916), la jornada de ocho horas (iniciada en el ferrocarril en 1916), las indemnizaciones a los trabajadores (1916), la primera regulación federal de la industria de las comunicaciones (1910), la Oficina de Investigación (1908; rebautizada en 1935 con el nombre de Oficina Federal de Investigación, el FBI), la normativa para la financiación de las campañas (1907), la mayor liberalización del comercio en medio siglo (1913), los cimientos para la normativa federal del agua en los estados del oeste (1902) y el Día de la Madre (1914). ⁸¹ De forma característica, la innovación comenzó con reformas experimentales en estados y comunidades locales, para acopiar luego fuerzas a medida que avanzaba hacia Washington como un trueno.

No todas estas reformas tuvieron el éxito esperado por sus defensores, y retrospectivamente algunas fueron decididamente perniciosas. No obstante, este paquete de reformas constituyó en conjunto un logro impresionante en un sistema constitucional creado para frustrar

cualquier cambio radical. La base de esa hazaña fue un movimiento político nacional amplio y de base que afectó a los dos principales partidos políticos en la primera década del siglo. A su vez, esa movilización política se apoyó en las energías y organizaciones creadas durante el período de formación de capital social de las décadas anteriores.

En términos generales, la oleada comenzó en el último tercio del siglo XIX con organizaciones (como los grupos fraternales y culturales) centradas ante todo en los intereses privados de sus miembros, entre ellos el ocio y la autoayuda. En la última década del siglo XIX y primera del XX esas asociaciones (y otras más recientes nacidas en aquel período) dirigieron gradualmente su atención a asuntos comunitarios, y finalmente a la reforma política. La fase anterior de creación de redes sociales, orientada hacia los propios grupos, abrió camino a la fase posterior de acción política, orientada hacia fuera.⁸² Esta interpretación podría ser exagerada, como cualquier generalización histórica esquemática, pues hubo aspectos públicos en los Shriners y facetas privadas en la League of Women Voters, pero el hecho fundamental es que esa inversión en capital social no fue una alternativa a la movilización y la reforma política, sino un requisito previo de las mismas. También esto es una lección crucial para nuestra época.

No nos hace falta lavar la imagen de la era progresista, pues los historiadores llevan ya casi un siglo ocupándose en debatir el legado de este movimiento. Sus críticos, mayoritarios entre los historiadores profesionales durante una gran parte del pasado medio siglo, señalan la propensión de los progresistas a favorecer un elitismo tecnocrático. Al proponer soluciones «profesionales», de «especialistas», a los problemas sociales, muchos progresistas adoptaron una postura antipolítica que tuvo el efecto de desmovilizar la participación pública, aunque no fuera ésa su intención. A partir de 1896 la participación electoral inició un declive del que todavía no se ha recuperado. La política partidista, y especialmente la maquinaria de los partidos, fue la gran enemiga de los progresistas, que en general prefirieron «consejos» y «comisiones» dominados de hecho por profesionales de clase media. Los progresistas eran conscientes de la corrupción y dependencia inherentes a aquella maquinaria, pero no veían que daba acceso a la esfera pública a personas que de lo contrario carecían de poder, en

especial los inmigrantes. El historiador Philip Ethington ha observado que «entre las muchas ironías de la llamada era progresista (de la década de 1890 a la de 1920 aproximadamente), la más triste es quizá el daño profundo y duradero causado a la democracia por sus amigos más íntimos», pues en vez de la democracia deliberativa propugnada por algunos progresistas, Estados Unidos acabó teniendo la democracia directa y plebiscitaria promovida con éxito por otros.⁸³

Entre los historiadores se ha suscitado un debate aún más intenso sobre si la era progresista se propuso la reforma social, el control social o la revolución social. Algunos estudiosos han argumentado que los reformadores procedentes de la clase media organizaron asociaciones voluntarias para ejercer el control social sobre los inmigrantes de clase obrera, revoltosos y toscos. Otros investigadores, aun reconociendo que los dirigentes progresistas procedían de la clase media, hacen hincapié en el aspecto benéfico de las nuevas instituciones, dirigidas a fortalecer las comunidades inmigrantes y de clase obrera y reducir las desigualdades sociales. Otros más han señalado que los reformadores de la clase media eran impulsados a actuar por las demandas de sus «clientes» de la clase obrera, por lo que reducir esta dinámica a un control social de arriba abajo equivale a ignorar las intenciones y medios de aquellas personas cuyas vidas cambiaron. «El temor a la violencia de la clase obrera explica una gran parte de lo que se ha llamado reforma progresista», concluye el historiador Painter.⁸⁴

Incluso aquellos que celebraron el nuevo asociacionismo y sus consecuencias políticas reconocieron a menudo la posibilidad de un control social excesivo y una subordinación de los individuos.⁸⁵ Los impulsos comunitarios de la era progresista podían ir demasiado lejos: durante la Primera Guerra Mundial, Dudley Foulke, presidente de la National Municipal League, propuso que los reclutas se utilizaran después de la guerra para actividades de servicio público:

El bienestar público requerirá quizá que algunos se casen y críen hijos en beneficio de la comunidad. Han de estar dispuestos a hacerlo, tanto si lo desean como si no. De otros podrá requerir que abandonen el consumo de bebidas alcohólicas y dejen otros hábitos que implican excesos o inmoralidad [...] tanto si existe como si no una ley que los prohíba. Puede exigir períodos de formación para el servicio militar o para la organización de las industrias del

estado o la ciudad con fines de defensa o mejora social, y aquellos a quienes se convoque deben estar dispuestos a sacrificar sus intereses privados y responder a la llamada.⁸⁶

Esta actitud de «gran hermano» al estilo americano ilustra los riesgos de un comunitarismo exagerado.

Aún resulta más inquietante el hecho de que la segregación racial y la exclusión social fueran, según hemos visto, un componente esencial de los planes de la era progresista. La discriminación racial fue legalizada en 1896; en 1909 se creó la NAACP para atacar la discriminación; y en 1915 se fundó el segundo Ku Klux Klan (en parte) para ponerla en práctica, incluso por medios ilegales si fuera necesario.⁸⁷ No todas las «innovaciones cívicas» de la era progresista fueron beneficiosas y progresistas. Quienes buscamos en esa época pasada de reformas una inspiración para los Estados Unidos de hoy debemos estar atentos al riesgo de que la insistencia en lo comunitario exacerbe la división y la exclusión. El capital social se fomenta forzosamente con mayor facilidad en el seno de comunidades homogéneas, por lo que insistir en su creación puede hacer que, sin darnos cuenta, la balanza social se incline hacia el capital social vinculante olvidando el capital social que tiende puentes. Ésta es una de las lecciones más instructivas de esa época anterior.

Pero hay también otras lecciones más beneficiosas. Las instituciones de la sociedad civil creadas aproximadamente entre 1880 y 1910 han perdurado durante casi un siglo. En esas pocas décadas las estructuras voluntarias de la sociedad norteamericana asumieron una forma moderna. Las tendencias al abandono del compromiso cívico analizadas en la parte II del presente libro registran en esencia la descomposición de esa estructura a lo largo del último tercio del siglo xx. Sin embargo, en los asuntos humanos no es ninguna nimiedad crear un conjunto de instituciones que puedan durar y servir a la sociedad durante un siglo de transformaciones sociales y económicas tan variopintas.

A pesar de todas las dificultades, errores y perfidias de la era progresista, sus dirigentes y precursores inmediatos de finales del siglo xix diagnosticaron correctamente el problema de un déficit de capital social o de compromiso cívico. En 1890 debió de resultar tentador decir:

«La vida era mucho más bella en el pasado, cuando vivíamos en pueblos. ¡Que todo el mundo vuelva a la granja!». Ellos no cedieron a la tentación de invertir el flujo de los acontecimientos, y eligieron en cambio la senda más dura pero más segura de la innovación social. De manera similar, sería tentador decir entre quienes hoy se sienten preocupados por el déficit de capital social: «La vida era mucho más bella en los años cincuenta. Por favor, ¿podrían todas las mujeres presentarse en la cocina y apagar de paso el televisor?». La ruptura social puede alimentar fácilmente una forma de nostalgia reaccionaria.

Mi mensaje es, en cambio, que necesitamos desesperadamente una era de inventiva cívica para crear un conjunto renovado de instituciones y canales que revigoricen una vida cívica que se acomode a nuestra propia existencia. El reto que ahora se nos plantea es el de volver a inventar en el siglo xxi el equivalente de los scouts, los centros de asentamiento, los terrenos de juego, la Hadassah, la United Mine Workers o la NAACP. Es posible que lo que creemos no se parezca en nada a las instituciones inventadas hace un siglo por los progresistas, de la misma manera que sus inventos no fueron copias en papel carbón de las anteriores costumbres populares de las pequeñas localidades cuyo fallecimiento lamentaban. Necesitamos estar tan dispuestos a experimentar como lo estuvieron los progresistas. La disposición a errar —y luego a corregir la puntería— es el precio del éxito en la reforma social.

Volviendo la mirada atrás desde el umbral del siglo xxi, resulta difícil imaginar un tiempo sin scouts, pero hace un siglo debió de haber parecido extravagante que en el siglo xx el equivalente de la banda formada por Tom Sawyer antes de la guerra civil en los bancos de arena del Mississippi apareciera llevando sombreros y abalorios por méritos y pronunciara la promesa scout. No obstante, instituciones como las de los scouts proporcionaron un foro nuevo y de éxito a la formación de una comunidad juvenil. Del mismo modo, algunas soluciones para paliar el actual déficit cívico pueden parecer al principio ridículas, pero deberíamos estar hartos de hacer pasar nuestra inventiva cívica por filtros convencionales. Las reformas concretas de la era progresista no son ya apropiadas para nuestro tiempo, pero su idealismo práctico y entusiasta —y sus logros— deberían ser para nosotros una inspiración.